

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL



**CUADERNOS
de
ESTRATEGIA**

52

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

Estudios de investigación realizados por
el Seminario de: «Sociedad y Fuerzas Armadas»

**PRESENTE Y FUTURO
DE LA CONCIENCIA NACIONAL**

MINISTERIO DE DEFENSA



CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS DE LA DEFENSA NACIONAL

**CUADERNOS
de
ESTRATEGIA**

52

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

Estudios de investigación realizados por
el Seminario de: «Sociedad y Fuerzas Armadas»

**PRESENTE Y FUTURO
DE LA CONCIENCIA NACIONAL**

Junio, 1992



**CATALOGACION DEL CENTRO DE DOCUMENTACION
DEL MINISTERIO DE DEFENSA**

PRESENTE y futuro de la conciencia nacional / Instituto Español de Estudios Estratégicos, estudios de investigación realizados por el Seminario de «Sociedad y Fuerzas Armadas». — [Madrid]: Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1992. — 98 p. ; 24 cm. — (Cuadernos de estrategia ; 52)

Precede al tít.: Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional

NIPO 076-92-061-3. — D.L. M. 31802-1992

ISBN 84-7823-208-7

I. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Seminario de Sociedad y Fuerzas Armadas II. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (Madrid) III. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. IV. Serie

CENTRO DE DOCUMENTACION DEL MINISTERIO DE DEFENSA
REGISTRO 9054
CODIFICACION
ITEMS

Edita: **MINISTERIO DE DEFENSA**
Secretaría General Técnica

NIPO: 076-92-061-3

ISBN: 84-7823-208-7

Depósito Legal: M-31802-1992

IMPRIME: Imprenta Ministerio de Defensa

C E S E D E N

**Instituto Español de Estudios
Estratégicos**

SEMINARIO NÚM. 04: «SOCIEDAD Y FUERZAS ARMADAS»

Grupo de Trabajo «H» Conciencia Nacional de la Defensa

PRESENTE Y FUTURO DE LA CONCIENCIA NACIONAL

ÍNDICE

	<i>Página</i>
INTRODUCCIÓN	9
<i>Por Abel Barahona Garrido</i>	
 <i>Capítulo I</i>	
CONCEPTO DE CONCIENCIA NACIONAL	13
Naturaleza y ámbito	15
<i>Por José Manuel González Páramo</i>	
Amenazas y riesgos que la debilitan con carácter general	19
<i>Por Carlos Jiménez Martínez</i>	
Interacción con la Defensa nacional	25
<i>Por Carlos Jiménez Martínez</i>	
 <i>Capítulo II</i>	
PRESENTE DE LA CONCIENCIA NACIONAL	29
La conciencia nacional y la sociedad	31
<i>Por Santiago González-Aller Balseyro</i>	
Defensa nacional y sociedad actual	39
<i>Por Francisco Berrio Álvarez Santullano</i>	

	<u>Página</u>
Patriotismo y nacionalismo	49
<i>Por Joaquín Blanco Ande</i>	
Anexo	63
<i>Por José Manuel González Páramo</i>	
La solidaridad nacional e internacional	71
<i>Por Felipe Quero Rodiles</i>	
 <i>Capítulo III</i>	
FUTURO DE LA CONCIENCIA NACIONAL	83
<i>Por Fernando Juste Fernández y Joaquín Prat del Campo</i>	
 CONCLUSIONES FINALES	91
<i>Por Abel Barahona Garrido</i>	
 COMPOSICIÓN DEL SEMINARIO	97

INTRODUCCIÓN

Por ABEL BARAHONA GARRIDO

Nada más acorde con la denominación de este Grupo de Trabajo que el título del tema que pretendemos analizar en el presente año. Aunque ya en otra ocasión, año 1985, estudiamos fundamentalmente el concepto de conciencia nacional y las amenazas a la misma, lo hicimos con un propósito, no sé si logrado o no, de ver si efectivamente existía en esos momentos una verdadera conciencia nacional y su impacto sobre lo que, en esencia, creemos debe ser la comunidad nacional, con todos los factores que la conforman, y su participación en la Defensa nacional.

Las conclusiones a que llegamos no resultaron muy halagüeñas; las amenazas a que antes nos hemos referido eran, y siguen siéndolo, muchas y muy variadas y, por otra parte, no existe un verdadero propósito de trazar y seguir unos planes, a nivel nacional, para crear, fomentar, mantener y perfeccionar una verdadera conciencia ciudadana, sin la que los individuos no pueden ser miembros activos de una comunidad nacional.

En el presente curso, hemos pretendido volver a considerar lo que es, y debe ser, una verdadera conciencia nacional para, conociendo su situación en la actualidad, ver cuál puede ser su futuro, en un mundo en el que la evolución de los acontecimientos es tan rápida y profunda, que cada día surgen conceptos muy diferentes de los que considerábamos, hasta ahora, con cierta estabilidad y que, a su vez, presentan una dinámica muy acusada en lo que creíamos eran sus fundamentos.

Nos encontramos, pues, en unos momentos de gran incertidumbre en los que es muy difícil, y puede resultar muy peligroso, tratar de deducir conclusiones concretas.

El trabajo lo hemos abordado pretendiendo seguir un camino lógico. En primer lugar, se hacen unas consideraciones sobre lo que puede denominarse «concepto de conciencia nacional»; después se analiza el presente de esa conciencia nacional, ya se comprende que desde unos puntos de vista concretos y limitados, pues un estudio exhaustivo del tema sería prácticamente imposible; por último, hacemos unos pinitos, no nos atrevemos a más, sobre el futuro de esa conciencia nacional, y exponemos unas limitadas conclusiones finales, deducidas a lo largo del trabajo. Un punto a destacar por su acusada actualidad es lo que la convivencia y la solidaridad representan para que exista una verdadera conciencia nacional.

Estos dos principios son reiteradamente invocados desde todos los círculos y niveles, tanto nacionales como internacionales, lo cual indica no sólo su importancia, sino también lo poco que son tenidos en cuenta en un mundo, en el que el egoísmo y la insolidaridad reducen todos los intereses a los exclusivamente individuales, predominando éstos sobre los sociales o colectivos, con lo que se pone en entredicho el que pueda así sobrevivir la colectividad. Hay que llegar a conciliar el respeto a la propia identidad con la solidaridad, y la cooperación con el conjunto de pueblos y naciones a los que pertenecemos. Es decir, algo de lo que el profesor Hans Küng, nos presenta recientemente como el «proyecto de una ética mundial».

Otro aspecto al que se da gran importancia es el relativo al patriotismo y nacionalismo, temas ambos no sólo polémicos, sino de rabiosa actualidad.

Estimamos que la conciencia nacional se alimenta de un componente patriótico y de una solidaridad, ante las amenazas que se consideran gravemente atentatorias contra unos valores o fines consensuados, que son los que determinan una verdadera comunidad nacional. Estos valores, en esencia, constituyen lo que entendemos por «fines permanentes nacionales», claramente enumerados en nuestra vigente Constitución, a lo largo de su Preámbulo y Títulos Preliminar y Primero fundamentalmente, y hoy, por desgracia, sumidos, en gran parte, en una clara y profunda crisis de identidad; y objeto además en muchos casos, de un incomprensible desprecio por parte de demasiados miembros de la sociedad española, fruto lógico de un ambiente generalizado contrario a todo lo que pueda suponer algo positivo en el conjunto de valores éticos y, también, cómo no, de los propios rasgos negativos de nuestra identidad como españoles, hoy muy acusados en numerosos sectores de la población, que no se dan, o no

quieren darse cuenta, de que sin luchar por esas cuestiones de principio no se puede vivir dignamente.

La escala de valores existente hoy día entre los españoles se refleja en recientes estadísticas, que indican que un 59 por 100 de nosotros no sabemos lo que está bien o está mal; este porcentaje se eleva al 72 por 100 entre los jóvenes, lo cual supone para ellos una actitud en la que, según las circunstancias, todo o casi todo puede justificarse. Esto nos indica que no existe actualmente una línea ética que permita definir posiciones, ya que ha habido, y continúa habiendo, intereses muy concretos, actuando con gran eficacia, para que esa línea ética se haya ido borrando mediante un efecto esterilizador.

Curiosamente, la ruptura que lo anteriormente expuesto supone entre los vínculos de la vida real de los hombres con lo que podemos denominar trascendente, se ha conseguido con mucha más facilidad y eficacia en el mundo occidental, que en el hasta hace poco constituido por los países comunistas.

EL PRESIDENTE DEL GRUPO DE TRABAJO

CAPÍTULO PRIMERO

CONCEPTO DE CONCIENCIA NACIONAL

NATURALEZA Y ÁMBITO

(Consenso básico y político: conciencia individual y mente colectiva)

POR JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ PÁRAMO

Existen una serie de conceptos específicos que tienen relación con la conciencia nacional o con la ausencia total o parcial de la misma. La pluralidad de opiniones no impide que exista consenso básico y consenso político y, además, la conciencia nacional implica una serie de puntos sobre los que hay consenso.

Henry Pratt Fairchild define el consenso como «algo relativo a las decisiones de grupo —o colectivo— en las que participan todos los miembros, consciente o racionalmente, como sentimiento compartido por todos; desde el hecho de que un determinado grupo acepte aproximadamente la misma definición de una situación particular a la conciencia en los miembros del grupo de compartir determinados sentimientos, tradición, *ethos*, opiniones, ideas o definiciones de situación. El consenso se manifiesta en la solidaridad y se simboliza en las representaciones colectivas».

El *consensus* fundamental —o de élite— o consenso general —del pueblo— no puede confundirse, aunque tenga elementos comunes, con la conciencia nacional o patriotismo integral. No puede confundirse, tampoco, con el consentimiento psicológico, ni con la solidaridad, ni con la representación colectiva, ni con opinión pública. La razón está en que todos esos hechos y conceptos pueden referirse a cuestiones específicas, hechos particulares y no siempre a la convivencia y a la conciencia nacional permanente y esencial. El mismo 2 de mayo del año 1808 supuso una reacción patriótica total ante la actuación de los franceses, fue una coincidencia que irritó, por

distintos factores y motivos, a todos los colectivos; de tal manera, que entonces empezó, según algún historiador, el divorcio de la España oficial y el pueblo de España (1). Hubo patriotismo, heroico incluso, pero el consenso de parte de las élites era distinto al consenso básico o general.

Tiene que ver más el patriotismo o conciencia colectiva con lo que Gurvicht llama mente colectiva, porque en este ruso nacionalizado francés «la mente colectiva» es el estrato más profundo de la personalidad nacional, y articula todos los niveles de la realidad y los valores de cada estructura y cada época (*zeitgeist*). La mente colectiva inspira la transformación espiritual (ideas, valores, estados colectivos...), los comportamientos innovadores (inventos, reformismo, revoluciones...), producen símbolos (o modelos persuasivos de conducta, manifestaciones materiales del espíritu... banderas), alienta las conductas colectivas no organizadas (rebeldías, espiritualidades, aprovechamiento del ocio). «La mente colectiva» está tras las conductas que siguen modelos estandarizados —horarios, procesos, comunidades— y delinea el mundo de las organizaciones, las conductas colectivas jerarquizadas, y se manifiesta en la superficie de lo social —edificios, comunicaciones, señalizaciones, anuncios, etc.—.

La mente colectiva puede integrar, separada o conjuntamente, la conciencia colectiva de campanario, la autonómica, la nacional, la europea o la cosmopolita, constituyendo el marco de la conciencia nacional, del «patriotismo» y del «nacionalismo». Pero ¿qué son, en qué consisten los dos últimos conceptos?

Según el *Diccionario de la Real Academia* (edición del año 1970, pp. 990 y siguientes): Patriotismo es amor a la patria, sentimientos y conductas propios del patriota, que consiste en procurar a la patria todo su bien. Según el *Diccionario de Sociología* de H. Pratt Fairchild, (2) «El patriotismo, además de amor a la patria, devoción a su suelo y tradiciones, conlleva su defensa e integridad... se basa en las experiencias de los años formativos de la niñez y juventud y sobre la adhesión fundamental al suelo y al medio inmediatos. El patriotismo despierta arraigadas emociones, aún cuando pueden ser menos racionales e incluso menos conscientes para el patriota que las reacciones de un nacionalista. Fenómeno de todos los períodos históricos, el patriotismo ha sido empleado con frecuencia en la era del nacionalismo

(1) J. M. G. Páramo. *Conflicto. Estrategia. Política*. Editorial Alianza. Madrid, 1975. pp. 54 y siguientes.

(2) Editado por el Fondo de Cultura Económica en 1949, p. 213.

y del imperialismo, como fuerza inspiradora y como justificación de la dinámica política y de la expansión nacional. Aunque en esencia presupone el debido respeto al territorio y tradiciones de otro pueblo, el patriotismo puede conectarse fácilmente con el mito de la misión del propio país, y justificar así la subyugación de otro pueblo y el odio al extranjero y a sus modos de vida».

En esta definición aparece el nacionalismo como manipulador del patriotismo. Y de esta manipulación da sobrados ejemplos la historia en las guerras expansionistas, independentistas que, una vez ganadas, convierten el nacionalismo en un nuevo patriotismo, o, perdidas, perduran en siglos de tensiones raciales, culturales, etc. —entre árabes, judíos, serbios y croatas...— con eventuales conflictos, que de alguna forma hacen el caleidoscopio de la variación de los mapas del mundo.

El patriotismo, como amor a la patria, se distingue por lo general, como postura espiritual, lo cual es aprovechado por los sentimientos políticamente agresivos para reforzar sus pretensiones (3).

La diferencia que existe entre patriotismo y nacionalismo es la que existe entre la pasión ordenada y desinteresada en la independencia, el expansionismo y el odio. Otras diferencias surgen de las definiciones académicas y sociológicas. Con todo, como licencia literaria o prurito de bautismos originales, a las que se acoge este trabajo, en otros capítulos denominando nacionalismo unitivo, como llamó M. Fraga hablando de Estados Unidos y de Suiza que se confederaron para unirse e independizarse. El autor de estas líneas respeta esas denominaciones, aunque no crea que nacionalismo disfrazado de patriotismo pueda ser funcional. ¿Fueron los intereses de los criollos, de los yanquis... funcionales para el patriotismo español o inglés?

¿Qué dicen los diccionarios del nacionalismo?

El diccionario alemán de Blinkert dice que «el nacionalismo es pretensión de poder nacida de la excesiva conciencia de la nación y del Estado, que perturba la paz popular con su individualismo nacional sin barreras»; en la actualidad, sobre todo, como reacción contra el colonialismo, en los pueblos que se han independizado políticamente y en los que aún pretenden la independencia. Exista razón o no para independencia —en lo que no

(3) *Diccionario de Sociología*. Río Duero Ed. RD, p. 182, es traducción del *Lexicon del Herder Sociología* de Buldo Blinkert, editada en Friburgo en 1976.

entramos— el nacionalismo de las guerrillas, los terrorismos, etc. es funcional si triunfa y disfuncional si se pierde, o aunque no se pierda para los países colonizadores. El imperio en el mundo subsistirá en los detentadores o herederos de las hegemonías.

El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* da tres acepciones a la palabra nacionalismo:

- 1) Apego de los naturales de una nación a ella y a cuanto le pertenece.
- 2) Doctrina que exalta en todos los órdenes la personalidad nacional completa, o lo que reputan como tal los partidarios de ella (caso vasco y catalán).
- 3) Afirmación o tendencia de un pueblo o raza a constituirse en Estado autónomo (Ulster, vascos, catalanes).

Las dos últimas acepciones son disfuncionales para España: ¿es suyo, lo que reputan los vascos como suyo? ¿Es legítima su aspiración? En cuanto a la primera acepción, que parece la más inocente, ¿qué juez objetivo determina lo que pertenece a los naturales de una región histórica?

Henry Pratt Fairchild parece el más aséptico; la nacionalidad es «la insistencia en las realidades y lazos de la nacionalidad. Todo principio o doctrina que considera la nacionalidad o, en la práctica, la nación como el fundamento de la acción del grupo»: ¿De qué grupo o grupos? Sin embargo, cuando define el término nacionalidad, pues admite nacionalidades dispersas como los judíos en otras nacionalidades y admite, que una misma nacionalidad (Canadá y Estados Unidos) pueden dividirse en dos o más unidades políticas. «En otras palabras, la unificación política no es un elemento esencial de la nacionalidad». La esencia de la nacionalidad es el sentimiento de un «nosotros». «El término nacionalidad puede usarse con relación al grupo mismo o al complejo cultural que le une».

Al llegar aquí no olvidemos que éste es el autor, que en su definición de patriotismo como fenómeno positivo dice que puede manipularse, exacerbarse con pretensiones de poder y con daño, que origina innumerables males, perturbando —según Blinkert— la paz popular con su individualismo nacional sin barreras. Más clara y dura es la versión de la autoridad ética, en la cual aparece el patriotismo como una actitud positiva por la que puede hasta darse la vida, y el nacionalismo como una exageración, distorsión y utilización del patriotismo, que quiere legitimarse con él para el poder y la autonomía de un determinado territorio.

AMENAZAS Y RIESGOS QUE LA DEBILITAN CON CARÁCTER GENERAL

Por CARLOS JIMÉNEZ MARTÍNEZ

Los factores integrantes de la comunidad nacional son de tal sensibilidad, que resultan muy vulnerables a todas las acciones opuestas a los esquemas basados en los valores naturales y permanentes del grupo humano unido, para el logro de la finalidad de bienestar nacional.

Ante el problema de percepción de las amenazas, es fundamental identificar los efectos que pretenden sus objetivos, su probabilidad y magnitud de las consecuencias, así como su aceptabilidad. Una amenaza de entidad media puede resultar más grave, si su probabilidad es mayor que otras, de entidad más elevada, por ser menos creíbles. Esto obliga al detallado estudio de cada factor de distorsión, que trate de ejercer efectos contrarios sobre; solidaridad, unidad y, consecuentemente, conciencia nacional.

Una vía sutil, que encuentran las amenazas a esta conciencia, es la de aprovechar la evolución normal del comportamiento humano por el avance del tiempo, en esa evolución de costumbres, estimaciones y asimilación de los hechos en su producción que, en un corto tiempo atrás, habrían sido estimados como inadmisibles y que, en ese correr de los años, ideas y sentimientos no sólo se disculpan, sino que son aceptados; lo cual constituye el punto más débil para que los valores del grupo humano sean atacados al objeto de lograr una distonía que afecte al conjunto, simplemente actuando sobre sus bases.

«Persona», «familia» y «sociedad», constituyen los pilares que conforman la comunidad, siendo la sociedad la que, en su diverso mosaico de

componentes, desde la escuela al centro de trabajo, ejerce una indudable influencia, mayor cada día, al repercutir sobre ella la realidad actual del mundo que estamos haciendo. Cada vez más se confunde la «libertad» indiscutible del ser humano, con estimaciones que tratan de ampliarlas, sin respetar las limitaciones que imponen la libertad de los demás. El proceso evolutivo en los comportamientos no debe traspasar las líneas, bien definidas por las leyes naturales de la vida, que se intenta alterar con fines ajenos al bienestar general de la comunidad.

Las amenazas están dirigidas a que la comunidad no logre alcanzar el bienestar para la que ha sido constituida, apoyada en la solidaridad. A este respecto, ha de reconocerse que el individualismo constituye una seria dificultad para afianzar este espíritu comunitario, que obliga a establecer el proyecto de un futuro compartido. Contra este resentimiento, que exige un robustecimiento nacional, se ejercen acciones para debilitarlo en todos los campos; político, económico, cultural, religioso, social y militar.

Los valores naturales básicos en la motivación para reforzar la conciencia nacional son, a la vez, puntos fáciles para su debilitación por factores contrarios, grupos opuestos apoyados en elementos disociadores al objeto de sensibilizar la opinión en favor de direcciones determinadas, con la intención de confundir y consecuentemente hacer declinar esta conciencia.

No puede cuestionarse el valor real de los principios morales, cuya vigencia es permanente y consubstanciales con la vida y libertad del ser humano, pues obligan, como base para ello, a la solidaridad. Nos encontramos ante una crisis o, en todo caso, con la mutación profunda de valores y estructuras de lo que convencionalmente llamamos, sociedad o herencia occidentales, siendo objeto de impugnación de diversos grados, que van desde el nuevo escepticismo a la feroz negación.

La introducción de acciones contrarias a la solidaridad resultan muy accesibles, presentando objeciones a ese proyecto común de futuro fijado, apoyándose en la oferta de un bienestar más favorable y rápido de alcanzar, por métodos en los que ciertos escrúpulos van siendo cada vez más eludidos, rechazándose el esfuerzo constante en un lento transcurrir del duro trabajo cotidiano, ofreciéndose, por el contrario, alternativas más atractivas por ganancias rápidas, valiéndose de esquemas que anulan los viejos valores y optando por parámetros que se propagan como más internacionalizados.

Una acción muy efectiva de las amenazas que acechan a la comunidad para repercutir en la conciencia se produce a través del intento contumaz de

la desintegración familiar, por ser la familia la que sigue considerada como uno de los valores más sólidos. Se afronta la vida con el principal objetivo de consolidar el bienestar del hogar. Resulta así una profunda vinculación de padres e hijos, raíces profundas en nuestra naturaleza que, al fin, es la de todos los seres vivos. Se cimienta social y jurídicamente en una asociación con grupos afines, dando como resultado la sociedad, con su ideal de una finalidad común, la que se pretende distorsionar.

Es verdad que no todos los pueblos tienen la misma facilidad de integración de constituir un conjunto armónico y esa dificultad radica básicamente en el individualismo, característica de determinadas étnicas. No cabe duda, que en estos pueblos el logro del necesario espíritu solidario ofrecerá mayores obstáculos, pero una racional estimación de los factores incidentes en la vida y desarrollo de los acontecimientos nacionales, permitirá apreciar la necesidad de alcanzar esa solidaridad, que precisan las relaciones humanas en todos sus campos y actividades parciales. Un sentimiento que permita afrontar solidariamente las situaciones de emergencia, que la nación pueda sufrir con espíritu profundamente fraternal.

La solidaridad, consecuencia de ese espíritu de hermandad, es absolutamente compatible con cualquier diversidad: ideológica, religiosa, cultural o económica. Se basa en la necesidad de ayuda que la convivencia exige por el respeto de la mutua libertad. Se destaca así el concepto de ayuda recíproca, al precisar cada persona de la labor del resto de los conciudadanos al ser incapaz el individuo, por sí solo, de resolver sus necesidades vitales.

Las amenazas actúan, por tanto, sobre lo «espiritual», «material» e «ideológico», mostrando sus líneas de acción contra la «libertad», «seguridad» y «bienestar» desde varios ángulos: social, político, económico, físico, ideológico, moral y cultural.

A través de lo «social», se dirigen a la obtención de un debilitamiento para destruir los lazos ético-morales, que sirven de nexo de unión al grupo, consecuentemente su anulación como tal comunidad nacional.

Se sirve de lo «político» para atacar las bases del sistema, al objeto de agrietarlo hasta su desmoronamiento, siendo la confusión y el descrédito las principales armas utilizadas en la acción de desmoralización.

El campo «económico» es de extrema sensibilidad al resultar capaces, los factores desestabilizadores, de lograr un grave debilitamiento de la sociedad a través del empobrecimiento y escasez.

La amenaza «física» se produce principalmente por la subversión, siendo el terrorismo el paso que, al repercutir directamente sobre la vida, extendiéndose

en un peligro solapado, logra la general desconfianza que hace muy difícil la convivencia.

Por lo que respecta a las acciones en los campos «ideológico», «moral» y «cultural» son muchas las acciones que pueden desarrollarse para su deterioro progresivo, lo que puede degenerar en una absoluta insolidaridad.

Los factores que se integran en los grupos de amenazas a «la conciencia nacional» con mayor contundencia pueden resumirse en los siguientes:

- *Confusionismo ideológico y cultural.* Actúan sobre la concepción y aceptación de los valores fundamentales, base de la agrupación ciudadana de orden superior.
- *Desarme moral de la juventud.* Fenómeno tanto ideológico, como patriótico y religioso (sea cual sea su confesionalidad), que, cada vez con mayor fuerza, incide en la juventud, por medio de la exaltación del materialismo y de todos aquellos sentimientos de insolidaridad que ocultan utilizando técnicas y medios sofisticados. Una consecuencia alarmante, entre otras, es el suicidio en los jóvenes que en España ha duplicado su número. Así como debe destacarse la indiferencia y ausencia de amor patrio. Todo ello repercute muy directamente en la sociedad, siendo muy graves sus efectos.
- *División ideológica y socio-cultural de la sociedad.* Trata de obtener la separación de los ciudadanos en sectores antagónicos; introduciendo elementos discordantes que rompan la armonía y la solidaridad, bases de la convivencia, a través de grupos radicalizados que distorsionan las respetuosas libertades existentes en todo pluralismo político, contra las que esas posturas extremas tratan de enfrentarse, al objeto de crear situaciones violentas contrarias. Para ello utilizan una sutil manipulación, fácil de realizar, introduciéndose en forma solapada al objeto de romper la armonía que debe existir en el seno de la comunidad nacional.
- *Desinterés político.* Su manifestación principal es la apatía por la gestión pública. Indiferencia, fácilmente alimentada por los interesados, en que los ciudadanos desatiendan la participación que les pide la Constitución, para mantener, en un todo armónico, Administración y administrados, sin el cual es difícil atender la solución de los problemas nacionales.
- *Desprestigios de instituciones y del patrimonio.* La amenaza se dirige al logro de un menosprecio, y hasta rechazo, hacia los valores de nuestra historia. Sólo puede preservarse con una base firme en la formación ciudadana de los jóvenes desde la infancia. El fomento de la conciencia de una comunidad ha de iniciarse desde los primeros años de existencia del futuro ciudadano, que ha de enfrentarse con estas situaciones de desprecio hacia su patria, lo cual se ha de combatir apoyándose en

razones de peso concluyentes; exigiendo, ante todo, el convencimiento personal del que ha de afrontar las situaciones adversas tan graves para la sociedad por su repercusión en ella.

- *Falta de solidaridad.* Puede partir desde el individuo y familia, que por egoísmo particular llega a extenderse a la región y comunidad. Un peligro es exaltar, en extremo, proyectos de sectores limitados dentro de la nación, cuyo resultado no puede ser otro, que la división por una insolidaridad opuesta al proyecto de futuro común que ha de constituir la finalidad nacional. Es una amenaza al mantenimiento de la cohesión obligada para la conservación de la conciencia nacional.
- *Disminución del espíritu de defensa de la comunidad nacional.* Los factores en los que se apoyan las amenazas son fáciles de introducir en una comunidad, cuando ésta no se ve, o no se cree, amenazada por un peligro exterior. Resultan más atractivas las ofertas de confort y bienestar, que atacan las propuestas de gastos de defensa, apoyando el antimilitarismo con ideas pacifistas, ecológicas, etc. sin otro objeto que lograr la debilidad de la nación.
- *Crisis económica.* Constituye una amenaza, ciertamente de extraordinaria sensibilidad, por afectar en forma muy directa al ciudadano inmerso en una sociedad de consumo, en la que se dedica la mayor importancia, y esfuerzo, al bien material, señuelo del bienestar total. Establece un campo muy frágil a los sentimientos de convivencia y solidaridad. Las crisis económicas con sus secuelas de paro, delincuencia, prostitución, drogadicción, etc., fenómenos que inciden peligrosamente en el sentimiento comunitario de vida e identidad de aspiraciones.
- *Subversión y terrorismo.* Amenazas, de violenta repercusión por su agresividad, odio y miedo, originando una actitud de desconfianza e insolidaridad que atentan a las instituciones políticas, tras la descomposición progresiva de los esquemas de comunidad nacional.

El sentimiento nacional, motivado por la conciencia y el patriotismo, se alimenta y robustece por el orgullo de pertenecer a una nación digna de ser amada y admirada. No puede ocultarse la desilusión de nuestros dos últimos siglos en los que ya, a principios del XVIII, se entregó España, por las más altas Magistraturas al invasor, lo que originó una cruenta guerra llamada de Independencia, que en realidad tuvo mucho de civil, por la entidad e importancia de los sectores españoles que se situaron al lado del bando francés, produciendo un semillero de discordias, materializadas en una sucesión de tragedias nacionales, a las que se unió la pérdida de nuestras posesiones de ultramar, resto del tan gran imperio que fuimos. Se dio origen

a las tensiones internas con sus graves consecuencias de distanciamiento e insolidaridad, que produjeron tantas luchas fratricidas.

Es el recuerdo de nuestra pasada historia, durante los gloriosos siglos de esplendor, lo que, unido a éxitos de nuestras artes, letras y ciencias, debe halagarnos y, a través de ese orgullo nacional, robustecer un fuerte sentimiento que nos una y venza el desánimo moral, motivando un espíritu que es lo verdaderamente social, sin el cual faltará el impulso base del patriotismo.

Básicamente, las amenazas actúan, sobre todo, en la desmotivación de la juventud para lograr su desarme y pasotismo. Así, la idea de patria, como uno de los valores más estimables; no sólo en su aspecto bélico, sino en todos los campos, ya que en cualquier actividad nacional se robustece a la patria.

Sólo pueden prevenirse las amenazas cuando consideremos como orgullo el ser español, fruto de una educación desde la infancia, exaltando esa meta común de intenciones hacia una finalidad nacional, que no es incompatible con una intención más amplia, la supranacional.

INTERACCIÓN CON LA DEFENSA NACIONAL

Por CARLOS JIMÉNEZ MARTÍNEZ

Al ser la Defensa nacional una obligación de todos los ciudadanos, tiene como principal amenaza el que se dirijan sobre ellos acciones que traten de producir, ante todo, la falta de espíritu solidario, razón de un progresivo desarme moral.

Se ataca el espíritu nacional, accionando los resortes que ofrecen las ventajas materiales sobre unos ideales cuya existencia se estima innecesaria, al insistir sobre la ausencia de amenaza de guerra; por lo que se trata de convencer a la juventud de lo innecesario, por su poco sentido, de la prestación de cualquier servicio, civil o armado, al no tener ya objeto en el nuevo concierto internacional de paz y seguridad, una vez desaparecida la tensión Este-Oeste.

Los movimientos denominados pacifistas que, sobre todo o casi exclusivamente en Occidente, abogan por el desarme y la desaparición de las estructuras militares de la defensa, apoyan su acción en ese confucionismo que inculcan en la juventud; consiguiendo su desmotivación nacional para crearles una idea de fácil integración del mundo en un solo proyecto de paz, cosa tan falta de realidad, como estamos viendo aún en los momentos en que parecía que las amenazas desaparecían y, por el contrario, los fenómenos belígenos surgen, o se mantienen latentes en demasiados puntos del globo, para admitir la necesidad de una prevención, cada vez más justificada, que logre la necesaria disuasión al objeto de garantizar la paz o, paradójicamente, «para no tener que hacer la guerra».

Son muchos los españoles que no sienten la Defensa nacional como cosa propia, consecuencia de ese desarme de moral patriótica, resultado a su vez de la acción negativa contra los fines primordiales que constituyen la aspiración máxima de la nación sobre la «justicia», «libertad» y «seguridad», recogidos de modo claro en el Preámbulo de la Constitución.

Como necesidad vital del Estado, la Defensa nacional constituye una exigencia, en la comunidad, de tomar conciencia sobre el objetivo a alcanzar y de la integral aportación espiritual, moral y material que ha de hacerse con el sacrificio consiguiente, para lograr ese eficaz instrumento de integración. Por lo tanto, cualquier distorsión sobre la diversidad de factores que se integran en este complejo, pone en grave peligro la estabilidad y, consecuentemente, la seguridad.

Ésta ha de contar con la diversidad de armas, de todo orden, morales y materiales, para hacer frente a las acciones que amenacen. Ha de desterrarse el antiguo concepto de que la defensa de la nación la hacen los ejércitos. Los nuevos aspectos político-económico-sociales de la defensa ofrecen una mayor dificultad interna fundamental, al existir unanimidad en cuanto a la defensa del territorio contra una agresión exterior, pero no es tan evidente, que la defensa se extiende a todo lo que constituye el conjunto de valores propios de la comunidad nacional. Esta es la razón por qué la comunidad ha de tomar conciencia clara del coste, amplitud, variedad y complejidad de la Defensa nacional, para que su aportación a la misma sea lo más efectiva posible.

Todas las amenazas que actúan sobre lo «espiritual», «material» e «ideológico», de los componentes básicos: individuo, familia y sociedad, atentan a la estabilidad y, por tanto, a la supervivencia de la patria. Las líneas de acción se dirigen sobre: la libertad, seguridad y bienestar, por ser los elementos en los que se basa la convivencia para el desarrollo de la finalidad que todo ser vivo tiene en la naturaleza. No debe confundirse la necesidad de defenderse con belicismo. Ningún ser normal desea la guerra, pero han de estar prevenidos a que ésta se pueda producir. Las tensiones belígenas, numerosas amenazas tan ciertas, cuyo alcance, en muchos casos son imprevisibles, obligan a esta prevención de la defensa.

La conciencia nacional es la que hace emerger el sentimiento patrio. El patriotismo, por tanto, no es más que la expresión de lo que la comunidad de una nación siente por ella.

El almirante Liberal Lucini, entonces jefe del Estado Mayor de la Defensa, en la inauguración de un Seminario sobre «Información y Fuerzas Armadas de

la España actual» (mayo 1986), expresó su preocupación por la «escasa conciencia de la Defensa nacional» que, a su juicio, existía en España, por lo que consideraba necesario hacer un importante esfuerzo informativo de opinión, «sin el apoyo del pueblo la Defensa nacional puede ser un gigante con pies de barro», resaltó el almirante en el mismo acto.

A este respecto se había pronunciado la Dirección de Relaciones Informativas y Sociales de la Defensa (DRISDE) refiriéndose a las corrientes de pensamientos contrarios a la defensa. Matizaba:

«... esas extensas capas de población —principalmente jóvenes— que se sienten desligadas de los compromisos y obligaciones colectivas en especial los relativos a Defensa nacional, apuntando que las ideas pacíficas, ecologistas, proderechos humanos, antinucleares, no-violencia, etc., están calando en la población occidental con fuerza hasta hace poco insospechada. Doctrinas que, si bien algunas pueden ser enriquecedoras de la conciencia de Defensa nacional, la realidad es que derivan hacia fórmulas totalmente negativas y muy contrarias a aquéllas.»

Esto produce una reacción antimilitarista, oponiéndose no sólo a la prestación del servicio militar, sino a la existencia de las Fuerzas Armadas, sus bases, campos de tiro, etc. Interfiriéndose en las leyes actuales, fomentando la insumisión, desertión, incluso la disciplina interior de los ejércitos, apoyándose en unos «derechos del soldado», que son utilizados en esa labor de desintegración, que afecta directamente al patriotismo y, consecuentemente, a la conciencia de defensa.

El resultado de esta labor, solapada a veces, muy airosa otras, mediante acciones que actúan sobre los valores elementales en la vida del ciudadano, para cumplir sus obligaciones y derechos que señala la Constitución, está claramente presente en la actitud de esa parte de jóvenes cuyo desgraciado comportamiento nos han mostrado recientemente, pero, lo peor, es la ayuda que reciben de grupos políticos, que no quieren aceptar la legalidad de estos deberes y obligaciones.

Fue el propio ministro de Asuntos Exteriores, señor Fernández Ordóñez, quien en unas declaraciones expuso que:

«... se sentía convencido de la necesidad de que en España se recuperen conceptos como el de patriotismo, que no han salido muy bien parados durante el actual conflicto del Golfo...» (9-2-1991).

Ha de reconocerse que esta demostración del estado actual de sentimiento patrio no han surgido precisamente ante la crisis del golfo Pérsico. La

insumisión y la desertión, delitos fijados en la Constitución, han sido abiertamente fomentados desde antes. La fortaleza de la conciencia nacional, por tanto, revierte en su totalidad sobre la de la defensa, que recoge los sentimientos de los ciudadanos al ser éstos, como se expone en la Constitución, los encargados, cada uno en su puesto, de cumplir esta sagrada misión como obligación de todos. Lo que no está referido sólo a la acción bélica, ya que a la patria se la defiende en los diversos campos de actividades nacionales.

Elo exige concienciar a los ciudadanos en el amor a la patria, para lo cual es de especial atención la formación de la juventud a lo largo de su proceso educativo, siendo una fuente rica para su fomento el estudio de la historia con un afán de conocerla, entenderla para mejor quererla, y así hacer frente a la crisis actual, que puede acentuarse en el próximo futuro si los esquemas que se están utilizando no se modifican.

Como conclusión de lo expuesto se deduce que la influencia de las distorsiones que pueden incidir negativamente sobre la conciencia nacional, y por tanto, en el resentimiento patrio, es la que determina, a la vez, la debilidad del sentimiento de defensa.

La indudable interrelación de la conciencia nacional con la defensa, hace que los factores condicionantes de la primera se conviertan en determinantes de la segunda. Todas las amenazas que se producen sobre la conciencia repercuten directamente en la defensa.

CAPÍTULO SEGUNDO

PRESENTE DE LA CONCIENCIA NACIONAL

LA CONCIENCIA NACIONAL Y LA SOCIEDAD

Por SANTIAGO GONZÁLEZ-ALLER BALSEYRO

Sociedad moderna y conciencia social

Como es sabido, el hombre es social por naturaleza; para desarrollar sus actividades necesita de sus semejantes. El hombre es la razón de ser de toda convivencia social, por ello la sociedad debe estar al servicio del hombre.

Citemos algunas de las características más destacadas de la sociedad moderna.

La sociedad actual está sufriendo grandes cambios estructurales, tanto en sus principios y valores como en los fines a lograr.

La sociedad se ha visto sucesivamente transformada con la revolución industrial y ahora en la época posindustrial. Se ha pasado de la cultura de minorías a la de masas; la riqueza está más repartida, las clases sociales más diluidas, el poder político se ve más constreñido ante democracias que reclaman nuevas libertades.

La sociedad moderna es más consciente de los derechos del ser humano, y su conciencia se ha hecho más sensible ante los problemas sociales. En este sentido puede hablarse de una mayor conciencia social.

No obstante, la propia evolución social está llevando consigo una serie de fenómenos a los que se les deberá prestar buena atención, si se quiere ir hacia unas condiciones de vida más humanas.

La expansión industrial, impulsada por los avances tecnológicos, conduce con frecuencia a una sociedad de consumo, invadida por la propaganda, de forma que mientras algunos sectores de la población carecen de lo necesario, se crean necesidades superfluas. Puede que haya que preguntarse, si con este progreso no se estará convirtiendo el hombre en un mero esclavo de los propios productos que elabora.

También la expansión industrial lleva implícito un éxodo del campo hacia las grandes urbes. Lo que en un principio era una demanda de trabajo en el sector industrial puede convertirse, cuando se desatienden las condiciones de vida en el medio rural, en una huida hacia mejores expectativas, que pueden terminar en el ambiente de los suburbios donde espera el desempleo y la falta de vivienda.

Todo ello da lugar a otros fenómenos derivados como la demanda de alojamiento, que origina la especulación del suelo, e incide en los matrimonios jóvenes, que esperan en vano una vivienda digna. Esta espera les desmoraliza y se corre el grave riesgo de la degradación de la propia familia.

Otro fenómeno muy actual de la sociedad moderna es el de los movimientos migratorios. Personas, a veces de otras razas, procedentes de países menos desarrollados, emigran, ilusionados por una posible mejora en sus condiciones de vida, hacia los países más ricos. Ello lleva consigo una problemática social, que se está agudizando en Europa con los recientes cambios en los países del Este, y también más concretamente en España, frontera entre África y el continente europeo.

La degradación del medio ambiente es otra característica de actualidad, consecuencia de un desarrollo tecnológico e industrial descontrolado.

Para terminar con esta somera relación de lo que pudieran ser características de la sociedad moderna, no pueden quedar olvidados los que aparecen como problemas más acuciantes: el paro, la droga, la inseguridad ciudadana y el terrorismo; los tres primeros posiblemente interrelacionados y, en parte, puede que agravados por los fenómenos mencionados anteriormente.

No es fácil resolver todos estos problemas, ni se trata aquí de analizarlos. La propia dinámica de la sociedad lleva en sí la interacción de unos con otros.

Por otra parte, tampoco se trata de hacer sólo una valoración negativa, pues realmente la sociedad ha mejorado en otros muchos aspectos. La dedicación a la seguridad y justicia social, así como el respeto a las libertades individuales en Occidente, son cada vez mayores y se han

alcanzado elevadas cotas de bienestar social. Precisamente se destacan y preocupan más que nunca todos estos problemas por el hecho de existir una mayor conciencia social. A ello han colaborado los avances tecnológicos en los medios de comunicación social.

Lo que ocurre, paradójicamente, es que cuando la sociedad moderna trata de progresar y de buscar el desarrollo personal, las metas apuntan a un mero bienestar social como fin en sí, al tiempo que se degrada la persona en su dignidad. La búsqueda exclusiva del poseer, es un obstáculo para el crecimiento del ser; el crecimiento no es el último fin del hombre.

La problemática de la sociedad moderna, expuesta con anterioridad, no podrá solucionarse exclusivamente con un mayor bienestar. Es muy importante tener más y situarse en un nivel de vida más cómodo, pero esto no lo es todo. El hombre, junto con el ansia de bienes materiales, también lleva el deseo de realizarse en el terreno intelectual, cultural y espiritual. Quizás la característica más sobresaliente de la sociedad moderna sea una inversión en la jerarquía de valores que se ha impuesto. En el fondo es un problema de educación; es necesario tender hacia una educación más integral de la persona.

Valores y actitudes de la sociedad moderna

Otra forma de tomar el pulso a la sociedad, es observar los valores que defiende y las actitudes que adopta.

Como valores relacionados con la conciencia nacional podrían citarse, entre otros, el afecto ciudadano, el espíritu de defensa, la unidad entre los territorios, la cooperación, la defensa de su tradición histórica y el orgullo nacional. Otro valor que aglutina y favorece a la conciencia nacional es la religión, si bien existen religiones que exaltan y conducen a nacionalismos exacerbados.

La economía, cuando la riqueza está uniformemente repartida en las diversas regiones y los intereses son comunes, también es un valor importante que favorece a la unidad nacional; caso contrario puede convertirse en un factor desestabilizador.

Normalmente cuando la nación se ve amenazada y siente la necesidad de defenderse, es cuando aflora el espíritu de sacrificio y el sentimiento de unidad nacional aumenta.

Podría resumirse diciendo, que el grado de conciencia nacional está en proporción al grado de solidaridad de los ciudadanos.

Pero cuando realmente una nación puede contar con más elementos aglutinantes para mantener y elevar su orgullo nacional, es cuando los valores que defiende la sociedad son los fundamentales de la persona, y la actitud que adopta es la de inculcarlos permanentemente en el proceso educativo de los ciudadanos. Estas debieran ser las bases para conseguir la solidaridad nacional, que eleva el grado de conciencia nacional, con un sentido unitivo y nunca coactivo, al tiempo que se respeta el nunca bien apreciado don de la libertad.

El ser humano posee una conciencia cada vez más clara de cuales deben ser sus deberes y derechos, y trata de que aquellos queden reflejados en la legislación. Precisamente cuando estos derechos y obligaciones fundamentales de la persona figuran como valores esenciales, es cuando puede decirse que la sociedad ha alcanzado su plenitud.

Todo Estado debe respetar lo más íntimo del ser humano, como es su dignidad en relación a sí mismo y en relación a los demás.

El ordenamiento jurídico es posterior a los derechos fundamentales de la persona. Naturalmente tan importante son aquellos derechos como la exigencia de los propios deberes.

No existe una relación concreta, aceptada por todos, de los derechos fundamentales. No obstante, la inmensa mayoría está conforme con que deben derivar del orden o ley natural.

Resaltemos someramente algunos de los derechos fundamentales del hombre, más comúnmente aceptados:

- En el ámbito de la persona: el derecho a la existencia, al respeto a la propia persona, a la intimidad, a la buena fama, a la verdad, a la libre expresión, a recibir información objetiva, a la educación, a la cultura y a la libre elección del Estado.
- En el ámbito de la familia: derecho al matrimonio, a la procreación decidiendo libremente el número de hijos, a la educación de los propios hijos, a poseer bienes suficientes para la familia, y a la inviolabilidad del hogar.
- En el terreno económico: derecho al trabajo, a la elección de profesión, al propio sustento y a la propiedad privada.
- En el área sociopolítica: derecho a la seguridad jurídica, a la fijación de residencia, a la libre circulación y asociación, a la participación activa en la vida pública y al sufragio libre.

Junto a todos estos derechos están los respectivos deberes, por una parte, las autoridades públicas reconociéndolos, respetándolos y promoviéndolos

y, por otra parte, los ciudadanos obedeciendo las leyes. Actualmente, la llamada sociedad occidental, combina grandes logros en el bienestar, y en el establecimiento del derecho en lo social, con un excesivo materialismo, avivado por el consumismo. Ello deriva a un egoísmo causante de la insolidaridad.

Principalmente en el terreno económico y sociopolítico, este materialismo conlleva al fijarse metas exageradas que perjudican a los demás tanto en el orden personal como vecinal, regional, etc.

Por otra parte, no parece que el respeto y obediencia a la normativa legal, sea precisamente una virtud a destacar en esta época.

Hoy día se exalta el derecho a la propia vida y a la libertad, al tiempo que la sociedad demanda la despenalización del aborto y de la eutanasia; la vida vale poco en el terreno de la inseguridad ciudadana, y parece muy difícil deshacerse de la lacra del terrorismo.

Se reclama el respeto a la dignidad humana al tiempo que con frecuencia se arrasa a la persona en su derecho a la intimidad, en su buena fama, con unos medios de comunicación que, a veces, dan información subjetiva cuando no mercantilizada o subliminal.

Se respeta a la institución matrimonial, a la vez que aumentan los casos de separaciones y de divorcio y disminuye alarmantemente el índice de natalidad.

Se exige el derecho al trabajo y se resalta la dignidad del trabajador, cuando la sociedad fomenta la obtención de un beneficio fácil como meta en sí, no estando la finalidad del trabajo en la producción y en el desarrollo de la propia dignidad humana.

Podría resumirse como actitud de la sociedad actual, la de una gran exigencia de derechos, coincidente con una dejación de deberes, es decir, la de una pérdida de valores.

En estas circunstancias, la conciencia nacional sólo podrá mantenerse por puros intereses comunes, ya sean por razones económicas, por motivos de etnia o bien por un orgullo nacional tradicionalmente muy arraigado. No se puede imponer una conciencia nacional. Es necesario educar y formar a la sociedad en unos valores permanentes, morales, históricos, etc., que fomenten la solidaridad, única manera de aglutinar a una nación y llevar a sus ciudadanos a estar orgullosos de serlo.

El desarme moral es el peor que puede sufrir un pueblo; la historia da cuenta de ello, y a buena parte de la sociedad occidental le está siendo necesario un rearme moral.

Desarme y rearme moral

Resulta difícil referirse a la moral sin entrar a tratar conceptos permanentes.

En el contexto de «la conciencia nacional y la sociedad» podría hacerse referencia a la moral, entendida exclusivamente como aquella fuerza unitiva con que cuenta un pueblo, que le crea un sentimiento de nación, le hace defender sus intereses y de valorar su individualidad.

Sin embargo, la idea de moral puede ser más profunda desde un punto de vista ético.

Parece más interesante observar al mundo occidental, en cuyo entorno nos movemos, y tratar de ver cuál es el estado actual de su moral desde este punto de vista, cuáles son sus problemas y qué repercusiones pueden tener.

La sociedad, respecto a la moral, siempre ha tenido muchos y diversos problemas. Una gran mayoría parece admitir que ahora estamos en una crisis de valores.

Los problemas actuales, varios de ellos ya anunciados anteriormente, como el terrorismo, la inseguridad ciudadana, el paro, la droga, la exaltación al hedonismo y al sexo, que ha llevado a convertir a la mujer en un objeto de propaganda, el desprecio al derecho a la buena fama e intimidad, el materialismo y, por consiguiente, la insensibilidad en cuanto a la ayuda a regiones más pobres, pueden ser ejemplos de esta crisis moral.

Parece como si, en los países más civilizados, la razón hubiese perdido el norte al no reconocer el ser íntimo de las cosas. Al mismo tiempo va languideciendo el principio de finalidad. La ciencia, la técnica y el consumo se convierten en un fin en sí.

Vivimos en una sociedad en la que cada vez se quieren justificar más cosas, en la que parece que todo aquello que una persona pueda hacer tiene derecho a hacerlo. La ética pasa a ser subjetiva. Como dijo un filósofo: «No hay viento favorable para el que no sabe adonde va».

Quizá la civilizada sociedad en que vivimos debería meditar en sus orígenes, y establecer una norma mínima de conducta que apunte al orden más fundamental, como es el orden natural. La ley natural, contenida en el

hombre, le orienta sobre el deber ser y hacer. Para ser auténtico hay que actuar conforme al propio ser y a la propia dignidad, respetando la libertad.

Desgraciadamente se vive, hoy día, como si cualquier norma de conducta coartase la libertad, cuando ésta consiste precisamente en aceptar el orden natural tal y como se nos da. Es más, cuando el hombre actúa contra la naturaleza, ésta se revuelve contra él.

Como dijo el Premio Nobel doctor Heisemberg:

«La libertad de volar consiste en el conocimiento de las leyes de la aerodinámica. De igual modo la libertad en las decisiones de la vida, sólo es posible por la adhesión a normas éticas, y quien pretenda despreciarlas, como si fuesen una coacción, pondría sólo desenfreno en lugar de libertad.»

Actualmente, parece que la moral se compone sola de estimaciones subjetivas mayoritarias —influencia del relativismo y del positivismo jurídico—. Se puede negar cualquier verdad objetiva. La verdad aparece como circunstancial y está en aquello que expresa una mayoría. Hablar entonces de justicia, derechos humanos, etc., nos lleva al contrasentido pues, según aquellas teorías, estos conceptos que deben ser permanentes, pasan a ser opciones meramente humanas que pueden cambiar con el tiempo. En el futuro podría legitimarse el asesinato si así lo decidiese una mayoría.

Es la propia sociedad la que tiene que reaccionar, de forma que sea esa mayoría la que acepte unas normas éticas, en las que queden salvaguardados los conceptos fundamentales, los que deben pervivir en el ser humano, que los debe llevar impresos en la mente y llegar así a un rearme moral.

Estas deben ser las bases para poder tratar de conservar otra serie de valores, quizás menos trascendentes pero, en cualquier caso, importantísimos, como son todos aquellos que conforman a una nación como tal. Es difícil crear y sobre todo conservar una conciencia social y menos una conciencia nacional, cuando lo que está deformada es la conciencia personal.

DEFENSA NACIONAL Y SOCIEDAD ACTUAL

Por FRANCISCO BERRIO ÁLVAREZ SANTULLANO

Defensa y seguridad

De las muchas definiciones que de Defensa nacional se han dado, vamos a referirnos a la contenida en el artículo 2 de la Ley Orgánica 6/1980, de 1 de julio, que la define:

«La Defensa nacional es la disposición, integración y acción coordinada de todas las energías y fuerzas morales y materiales de la nación, ante cualquier forma de agresión, debiendo todos los españoles participar en el logro de tal fin».

Y le asigna como finalidad de la misma:

«.... garantizar de modo permanente la unidad, soberanía e independencia de España, su integridad territorial y el ordenamiento constitucional, protegiendo la vida de la población y los intereses de la patria, en el marco de lo dispuesto en el artículo 97 de la Constitución».

De esta definición quizás sea lo conveniente, resaltar y matizar la idea de globalidad o totalidad que contiene.

Es evidente que no está preconizando, como algunos han querido ver, con mayor o menor mala intención, una separación de las actividades civiles y las militares en pro de la defensa, sino la necesidad de cooperación de todos los ciudadanos, cada uno en su puesto o actividad, al logro y mantenimiento de los objetivos marcados como finalidad de la defensa.

Si la seguridad nacional, finalidad última de la Defensa nacional, afecta a todos los miembros de la comunidad nacional, no cabe duda que al logro de aquélla, deben colaborar todos sus miembros, sin más prioridad o protagonismo, que los que se deriven de la amenaza concreta y de la forma o manera con que ésta atente contra alguno de los objetivos señalados. Evidentemente, de las posibles agresiones la más temible es el ataque por la fuerza con violencia, es decir la guerra, pero también son posibles otros tipos de agresión, quizás no tan violentos pero no por ello menos peligrosos por su mayor frecuencia y su carácter solapado e insidioso. Nos estamos refiriendo a las agresiones de tipo económico, político, histórico, psicológico, moral, etc. Acciones que, por atentar la mayoría de ellas contra la conciencia nacional, tienden a disminuir la integración o cohesión de la comunidad atacada, constituyendo casi siempre preludio y/o acompañamiento de un ataque armado.

Ante tan variado tipo de posibles agresiones, no cabe duda que debe ser la sociedad en su conjunto quien prepare su propia defensa. Primero, organizando y coordinando sus instituciones y, en segundo lugar, respondiendo o mejor aún anticipándose a las posibles agresiones con los medios y recursos adecuados, todo ello en evitación de peligrosas improvisaciones. De aquí la necesidad de contar con una adecuada política nacional de defensa, que asegure en lo posible la organización del sistema, la movilización de los recursos y la dirección de las acciones. Lo que nos lleva a resaltar la doble acepción que el concepto Defensa nacional encierra; de una parte, la Defensa nacional como acción de neutralizar, anular, impedir, o repeler cualquier agresión y, por otro, la Defensa nacional como aparato organizado con el que la función se lleve a cabo.

La ejecución de estas acciones según el tipo de la amenaza y, por lo tanto, de la naturaleza de aquéllas, será llevada a cabo por el ministerio o ministerios afectados, pero siempre dentro de un plan coordinado. Plan que, como cualquier otro, deberá tener unos objetivos claramente definidos, para cada uno de los posibles tipos de agresión y una serie de líneas de acción encaminadas al logro de aquellos objetivos. La determinación de unos y otras, pero sobre todo la mentalización de la sociedad de que, como decía Felipe II en una Real Cédula de 1592:

«La defensa es cosa de todos», debe ser preocupación fundamental dentro de la política de Estado.

Se ha dicho muchas veces, y aquí lo volvemos a afirmar, que el gran problema de la Defensa nacional, tal como nosotros la entendemos, es que la sociedad actual «quiere creer», que las guerras han terminado, y aunque

ciertos acontecimientos recientes parezcan confirmarlo, desgraciadamente nada más lejos de la realidad, pues otros nos recuerdan de forma cotidiana, que la guerra o su posibilidad está permanentemente presente en uno u otro punto del globo. Pero además, si observamos el diario discurrir de las relaciones entre las naciones, vemos que cada vez son más frecuentes las agresiones no bélicas a que nos referíamos, y ante las que hay que estar igualmente preparados, para reaccionar o, mejor aún, anticiparse para su neutralización.

La actual sociedad, cada vez más materialista y egoísta, pretende vivir el presente, sin preocupaciones o problemas de futuro, acallando su conciencia con falsas ilusiones de desarme total, pacifismos utópicos y antimilitarismos a ultranza, tratando de arrinconar todos aquellos valores tradicionales, que supongan compromiso, solidaridad, patriotismo, moralidad, etc.

En estas condiciones nos preguntamos: ¿Existe en la actual sociedad pleno convencimiento de la necesidad de la Defensa nacional?, ¿entonces qué posibilidades tiene?, ¿preocupa hoy la Defensa nacional?, ¿cuánto tiempo y dinero se la dedica?

Solidaridad y compromiso colectivo

Acabamos de decir que la sociedad, hoy, a impulso de los vientos materialistas, que imperan en el mundo libre y como consecuencia de la pérdida de valores que esto genera, es cada día más insolidaria y egoísta. Para convencerse de ello, no hay más que leer o ver las noticias de cada día, para comprobar como se asesina, roba o hasta se viola con la mayor impunidad, se abandona a los débiles, niños, ancianos o enfermos; se margina a drogadictos, pobres y desheredados; cada vez es más difícil encontrar colaboración en empresas arriesgadas o altruistas, patronos y obreros cada día están más enfrentados; los jóvenes, cada vez en mayor número, se niegan a realizar el servicio militar; etc.

A este respecto, se afirma en algunos sectores de la sociedad, que esta negativa o adversión al servicio militar y a cuanto tiene relación con las Fuerzas Armadas es un subproducto del desarrollo, amparándose en el hecho de ser en los países más desarrollados en los que en mayor grado se presenta este problema, pretendiendo al mismo tiempo, introducir subliminalmente el mensaje de que las Fuerzas Armadas se oponen al desarrollo de los pueblos, cuando precisamente la realidad es todo lo contrario, pues de sobra es sabido que tanto las Fuerzas Armadas como cuanto a su actividad

y entorno se refiere, han sido históricamente factor clave en el desarrollo de las naciones.

El actual clima de insolidaridad y falta de compromiso de la sociedad contemporánea, de la que, sin duda alguna, es punta avanzada o iceberg visible la oposición a las Fuerzas Armadas, responde a una bien orquestada campaña de intoxicación generada fundamentalmente en ambientes marxistas, propiciada por medios de comunicación social pretendidamente progresistas, y aprovechada electoralmente, en mayor o menor medida, por todos los partidos políticos.

Por ello no es de extrañar, que lo que comenzó por un movimiento que en su origen podría tener alguna justificación, cual era la auténtica objeción de conciencia por motivos religiosos, ha ido degenerando hasta llegar al actual movimiento de insumisión o negativa total, no sólo a realizar el servicio militar, sino también a la prestación social sustitutoria, pese a que en estos últimos años en la mayoría de los países, incluido por supuesto España, se ha desarrollado una generosa legislación en la que se contemplan como motivos válidos de objeción no sólo los religiosos sino también los éticos, morales, humanitarios, filosóficos y otros de parecida naturaleza. Es decir, prácticamente todos, excepto los políticos, a tenor todo ello con lo dispuesto por la Resolución 337/1967 del Consejo de Europa.

Situación en España

En este ambiente general de la sociedad occidental, nuestra Patria no sólo no es una excepción, sino que debido a las circunstancias históricas vividas en el último cuarto de siglo —diez últimos años del anterior régimen, la llamada transición y actual gobierno socialista— el deterioro moral y con él la falta de compromiso y solidaridad han alcanzado cotas tan alarmantes, que incluso muchos de los que en un principio, bien por esnobismo, rebeldía, oposición al régimen que fenecía, o simplemente por oportunismo, sembraron vientos de inconformismo, protesta, relajación de costumbres, exaltación de nacionalismos etc., hoy, algunos, lamentan las tempestades de insolidaridad, inmoralidad, separatismo, etc, que se están recogiendo.

No tenemos más que observar cualquier aspecto de la vida española para comprobar cuanto aquí se dice: en lo político, todas las comunidades se encuentran insatisfechas con el grado o nivel de autonomías alcanzado, cuando la realidad es que la mayoría de ellas no lo podía ni sospechar; el terrorismo se ha hecho endémico, azotando de forma totalmente indiscriminada y criminal, constituyendo un problema de cada vez más difícil solución,

el separatismo es tan descarado que se hace apología de él, ya no sólo desde determinados medios de comunicación y por algunos partidos políticos, sino que se usa para ello alguna hoja parroquial.

En el aspecto económico, Gobierno, sindicatos, patronos y obreros andan a la gresca con independencia de las ideas políticas que los sustentan, con absoluto desprecio del bien común e importándoles a unos y otros un ápice la economía nacional, ni el bienestar general de los ciudadanos.

Si del compromiso para con la patria hablamos, observamos que cada día aumenta en número los objetores e insumisos. Lo cual no es de extrañar, cuando hay partidos políticos que se han hecho abanderados de este movimiento, proponiendo a los jóvenes se alistén al mismo y ofreciéndoles colaboración para su defensa, llegado el caso.

Respecto a esta última cuestión, según datos aportados por Rafael Ajanguiz, miembro del Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), en su artículo: «Insumisión: la objeción responsable», publicado en el número 38 de *Papeles para la Paz*, el porcentaje de objetores e insumisos en relación con el contingente anual ha pasado del 1,15 por 100 en el trienio 1983-1985 al 5,50 por 100 en el año 1989.

Informes más recientes, como son los publicados en el diario *El Independiente*, de fecha 25 de octubre del año 1991, indican que el número de objetores de conciencia ha pasado de 4.995 en el año 1986 hasta 20.857 en el año 1990, lo que representa un incremento del 72 por 100 respecto al año 1989, estimando que para el año en curso, el número de objetores rondará la cifra de unos 35.000 con un aumento respecto al año anterior del 59,5 por 100. El mismo diario completa su información, citando datos del Consejo Nacional de Objeción de Conciencia (CNOC), afirmando que el número de jóvenes que alegaron la objeción de conciencia para no realizar el servicio militar situó a nuestro país, en el año 1990, en el segundo lugar europeo, por detrás sólo de Alemania, situando la relación número de objetores/contingente anual en el 13 por 100, y estimando que dicha relación, de seguir la tendencia actual, pasará al 17 por 100 para el año 1991 y al 30 por 100 para el año 1992.

Todos estos porcentajes y cifras, aún siendo preocupantes, pues en cierto modo indican el índice actual y su tendencia de futuro, del rechazo de los jóvenes en edad militar al servicio militar obligatorio, no deben sorprendernos ni mucho menos alarmarnos, dados los condicionamientos sociológicos actuales en relación con el mismo, plasmado en la «carrera de abaratamiento» de éste planteada por ciertos partidos políticos, las presiones familiares y

sociales a que están sometidos los jóvenes, y los evidentes trastornos que les ocasiona el tener que interrumpir durante un año sus estudios o trabajos.

Evidentemente es un índice negativo a la hora de valorar, si eso es posible, el patriotismo de la juventud española, pero no muy significativo, por otra parte, ya que sólo se refiere a los jóvenes en edad militar y en el momento de ser llamados a cumplir este servicio.

Para esta pretendida valoración del patriotismo de la juventud española disponemos de otros datos, que por su procedencia nos parecen más fiables y por su elaboración más completos. Nos referimos al estudio publicado por la Fundación Santa María, de Madrid, con el título *Jóvenes españoles 1989*, del que son autores los profesores Pedro González Blanco, F. Andrés Orizo, J. J. Toharia y F. J. Elzo.

Dicho estudio contiene el resultado de una serie de encuestas realizadas a un grupo de jóvenes de 18 a 25 años. En el cuadro 1, presenta la situación en España de algunos valores y derechos básicos. Se recogen en ella las puntuaciones en días resultantes para el conjunto de entrevistados y la evaluación se efectúa por medio de una puntuación que va del 0 al 10.

Fijándonos en el valor que en este momento nos interesa destacar, el orgullo de ser español, observemos que la puntuación media de lo que «hay hoy» es

Cuadro 1.—*Evaluación de la situación en España de algunos derechos y valores básicos. (La evaluación se efectúa por medio de una puntuación entre 0 y 10, siendo 0 igual a nada en absoluto y 10 a muchísimo).*

	Cuánto hay hoy	Cuánto debería haber	Diferencia
¿Cuánta libertad de expresión hay en España?	6,22	9,33	-3,11
¿Cuánta tolerancia hay por parte de la gente hacia las otras personas que quieren vivir de una manera diferente a como lo hace la mayoría de la gente?	5,04	9,00	-3,96
¿Cuánto de democrático es el Estado español?	6,10	9,31	-3,21
¿Cuánto de fácil es para la gente como tú el entender lo que está pasando en la política y en el Gobierno durante estos últimos tiempos?	4,40	8,97	-4,57
¿Cuánta igualdad social hay en España hoy?	4,31	9,23	-4,92
¿Cuánto respeto tiene la gente por la ley y el orden en estos últimos tiempos?	4,70	8,99	-4,29
¿Cuánto orgullo piensas que tiene la gente de ser español?	6,21	8,39	-2,18

de 6,21, mientras que la de lo que «debería haber» es de 8,34. Si bien en una primera valoración podemos concluir que no son bajas estas puntuaciones, pues utilizando un símil académico equivaldrían a aprobado y notable alto respectivamente, es en la comparación con los otros valores (libertad de expresión, tolerancia, democracia, igualdad social, etc.), en lo que el orgullo de ser español sale peor parado. Pues si bien en lo que «hoy hay» alcanza la segunda puntuación, en lo que «debería haber» alcanza la mínima, es decir, la juventud actual española da prioridad al resto de los valores, que figuran en la encuesta sobre el orgullo de ser español, reconociendo que todos ellos están por debajo de lo que deberían estar.

Estos datos medios se desglosan, según el autopercepción ideológica de los encuestados, de la forma que se expresa en el cuadro 2, en la que observamos que si bien todos coinciden prácticamente —6,05 los que menos y 6,28 los que más— en la apreciación de lo que «hoy hay», difieren sustancialmente —7,15 a 9,16— en cuanto a lo que «debería haber». Siendo este mayor, como es lógico, cuanto más a la derecha se manifiesta el encuestado.

Cuadro 2.—Evaluación de la situación de algunos derechos y valores básicos, según la orientación ideológica de los entrevistados. (Las cifras corresponden a puntuaciones medias en una escala de 1 a 10).

	Autopercepción ideológica					
	1-2	3	4	5	6-7	8-10
<i>Cuánto hay hoy</i>						
Libertad de expresión	5,70	6,07	6,20	6,34	6,35	6,26
Tolerancia	4,42	4,93	5,07	5,03	5,24	5,24
Estado democrático	5,59	5,99	6,12	6,20	6,15	5,93
Entender la política	4,86	4,31	4,39	4,17	4,63	4,56
Igualdad social	3,96	4,02	4,44	4,39	4,42	4,50
Respeto por la ley y el orden	4,89	4,83	4,78	4,68	4,61	4,37
Orgullo de ser español	6,07	6,09	6,17	6,38	6,05	6,28
<i>Cuánto debería haber/ser</i>						
Libertad de expresión	9,62	9,51	9,29	9,37	9,20	9,01
Tolerancia	9,38	9,27	9,13	9,08	8,76	8,54
Estado democrático	9,54	9,48	9,38	9,33	9,21	8,80
Entender la política	9,14	9,14	9,08	9,02	8,88	8,80
Igualdad social	9,60	9,46	9,28	9,32	8,95	8,64
Respeto por la ley y el orden	8,46	8,86	9,05	9,13	9,16	9,12
Orgullo de ser español	7,15	7,83	8,22	8,69	8,77	9,16

Cuadro 3.—«¿A cuál de estas agrupaciones geográficas dirías que perteneces, ante todo? ¿Y luego?» (Los porcentajes constituyen la suma de la primera y segunda. Por eso suman más de 100).

	Total jóvenes	Jóvenes que se autoposicionan en cada uno de estos puntos de la escala izquierda-derecha					
		1-2	3	4	5	6-7	8-10
Localidad, pueblo o ciudad en que vives	59	65	61	59	61	57	54
Comunidad autónoma en que vives	48	49	57	47	45	46	39
España	54	34	40	54	55	64	72
Europa	11	12	10	12	11	12	11
El mundo entero	18	29	20	21	17	10	15
No sabe	9	1	3	1	3	3	2

Por su relación con este concepto o valor, de orgullo de ser español, señalamos la identificación de los encuestados con su pueblo o calidad de nacimiento, región y comunidad autónoma. En el cuadro 3 se representan los resultados a las preguntas: ¿a cuál de estas agrupaciones geográficas dirías que perteneces, ante todo?, ¿y después?

En ella se observa, que en conjunto, los jóvenes españoles se sienten predominantemente más identificados con su localidad, pueblo o ciudad y que este sentimiento de pertenencia primaria localista se acentúa especialmente entre los jóvenes que se autoposicionan más a la izquierda, mientras que la identificación con el conjunto de España, pasa a ocupar el primer lugar entre quiénes se declaran más a la derecha.

Por lo que al sentimiento nacionalista se refiere —es decir al hecho de sentirse más identificado con la propia Comunidad autónoma, que con el conjunto de España— se observa una tendencia al alza en todas las zonas. El porcentaje de los jóvenes que se consideran más vascos —o catalanes, o gallegos, o valencianos— que españoles aumenta notablemente de 1984 a 1989, lo mismo que los que se sienten sólo vascos, —o gallegos, o catalanes, o valencianos—. En Navarra y Andalucía —comunidades para las que no disponemos de datos para el año 1984—, el número de los que se consideran navarro o andaluz sólo y más navarro o andaluz que español, en el año 1989 es francamente alto: el 76 y el 28 por 100 respectivamente, cuadro 4.

Por último, y por su tristemente permanente actualidad, en el cuadro 5, presentamos las respuestas a la pregunta: «El terrorismo es noticia cada día». En principio la mayoría de la gente está contra él, pero todavía hay

Cuadro 4.—Identidad nacional en distintas Comunidades autónomas

¿Dirías que te sientes?	País Vasco		Cataluña		Galicia		Valencia		Navarra		Andalucía	
	1984	1988	1989	1984	1989	1984	1989	1984	1989	1989	1989	1989
Español	5	4	3	19	20	6	11	30	35	3	18	
Más español que (vasco, catalán, etc.)	5	3	2	10	7	5	5	13	14	1	4	
Tanto (vasco, etc.) como español	33	26	26	39	29	48	37	41	33	13	48	
Más (vasco, etc.) que español	33	15	25	13	19	15	9	6	9	18	11	
Vasco, catalán, etc.	31	47	44	18	21	24	36	7	8	58	17	
NC	2	5	0	2	4	2	2	3	1	7	2	

Fuente: Para 1984 J. J. Linz: Los jóvenes en una España multilingüe y de nacionalidades en *Juventud española 1984* (Madrid, Fundación Santa María Ediciones S.M. 1985). Para País Vasco 1988: encuesta de DEMOSCOPIA para *El Globo* (marzo de 1988). Los datos se refieren a jóvenes de 18 a 25 años.

diferencias de opinión al respecto. ¿Tú con cuál de estas dos frases tiendes a estar más de acuerdo?

En el cuadro se observa que para el 75 por 100 de los jóvenes el terrorismo debe ser siempre condenado, y que sólo el 10 por 100 de ellos considera que en determinadas circunstancias puede tener justificación. Se observa, asimismo, que la condena del terrorismo, mayoritaria en todos los sectores ideológicos aunque con distinto grado de intensidad, es mucho mayor entre los que se autoposicionan a la derecha —79 por 100— que la de los que lo hace a la izquierda.

Cuadro 5.—«El terrorismo es noticia cada día. En principio, la mayoría de la gente está contra él, pero todavía hay diferencias de opinión al respecto. Tú ¿con cuál de estas dos frases tiendes a estar más de acuerdo?» (En porcentajes).

	Total jóvenes	Jóvenes que se autoposicionan en cada uno de estos puntos de la escala izquierda-derecha					
		1-2	3	4	5	6-7	8-10
a) Pueden darse ciertas circunstancias en las que el terrorismo esté justificado	9	29	16	9	8	6	10
b) Cualquiera que sea el motivo del terrorismo, éste debe ser siempre condenado	75	50	65	75	69	82	79
c) Ni con una ni con otra	9	13	13	9	7	7	7
NS/NC	5	8	6	7	6	5	4

PATRIOTISMO Y NACIONALISMO

Por JOAQUÍN BLANCO ANDE

Patriotismo

El término patria, derivado etimológicamente del concepto *pater*, va asociado a la noción de padre. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* —edición de 1970— da como primer acepción del término patria, la siguiente: «Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas», definiendo, a su vez, a éstos, como «las personas que tienen amor a su patria y procuran todo su bien».

Como puede observarse, la idea de patria, va unida a la de nación, de ahí que no deba extrañar que algunos nacionalistas en España, al amparo del concepto de las «nacionalidades», introducido en el artículo 2 de nuestra Constitución del año 1978, recaben para Cataluña, País Vasco, etc., consideradas como tales, en sus Estatutos respectivos, la condición de patria propia, lo cual, a nuestro modo de ver, es un auténtico disparate histórico.

Toda vez que el citado artículo 2 de nuestra vigente Carta Magna, determina taxativamente que España es una sola Nación, pues comienza diciendo: «La Nación española», (en singular, no en plural). En España, al existir una sola Nación, coexiste por lo tanto, una sola patria.

Del vocablo patria, se han emitido muchas definiciones, algunas con evidentes connotaciones etimológicas patria, como hemos dicho, deriva del

latín *pater*, como las que aportaron Nietzsche —la patria es la tierra y los hijos—, o Charles Maurras —la patria es un ser de la misma naturaleza, que nuestro padre y nuestra madre: la patria es lo que une por encima de lo que divide—. Otras, ligan el concepto de patria a las ideas de nación o pueblo, como las suministradas por Cánovas —la patria es la conciencia que cada nación posee de sí misma—, o Vázquez de Mella —la patria es la conciencia y sentimiento más o menos claro e intenso de esa comunidad moral e histórica, que en su grado máximo se llama nación—.

La idea de patria ha evolucionado a lo largo de siglos, de ahí la dificultad de dar una definición omnicomprensiva de todas las épocas. En la Atenas clásica, el patriotismo era un sentido de fidelidad cívico-religiosa a las tradiciones y las instituciones de la ciudad —Sócrates es ejecutado por antipatriota, esto es, por negar la divinidad a Palas Atenea, diosa de Atenas—. En Roma, el concepto de patria se confunde con la idea de fidelidad al Imperio, —existía un patriotismo único para todos los hombres del mundo civilizado—.

Se suele afirmar que los pueblos bárbaros, en tanto en cuanto que eran tribus nómadas, no llegaron a tener conciencia de adscripción a una patria concreta, toda vez que se movían con un sentido aterritorial, sustentado en un instinto de lealtad a la horda. Una vez conquistaron el Imperio Romano, fueron decantando un sentimiento de posesión territorial, en el que se vislumbra una tosca apreciación de la idea de patria.

En algunos países como Francia o Reino Unido, las voces de nación o patria, entrañan el mismo significado. En España, el término nación va asociado más a la idea de colectividad o pueblo, mientras que patria, se liga a una idea o expresión de sentimiento afectivo, que se decanta en muchos ciudadanos y que se materializa en el amor a la bandera, símbolo de la unidad del Estado.

A nivel de calle se suelen confundir o identificar los conceptos de nación, patria y país, es normal que esto acontezca. No se puede pedir que todo ciudadano, por el simple hecho de serlo, sea un experto en Ciencias Políticas o en Teoría del Estado.

Desde una óptica universitaria o académica, la diferencia fundamental entre aquellos términos, estriba en que; el primero, hace referencia más bien al conjunto de habitantes de un país regido por un mismo gobierno; el segundo se concreta en una especie de sentimiento afectivo respecto al espacio geográfico que nos vio nacer, y que se corresponde con la posesión de

cierta ciudadanía; el tercero puede considerarse como un vocablo aséptico, neutro, referido al territorio.

En resumen, la idea de nación se asocia con la de población, la de patria se vincula con la de la comunidad estatal, y la del país se liga a una entidad de carácter geográfico.

Resumiendo lo anteriormente explicitado, el vocablo patria se incardina tanto al hecho del nacimiento, como al del lugar donde éste ha tenido lugar. Así el *Diccionario de Cavarrubias* del año 1610, define la patria como «la tierra donde uno ha nacido», y el *Diccionario de Autoridades* del año 1734 reitera dicha idea al señalar que patria «es el lugar, ciudad o país en que se ha nacido». En ambos Diccionarios, el concepto de patria está desvinculado de la idea de sentimiento afectivo hacia el entorno geográfico que nos vio nacer.

Dada la ligazón de la idea de patria con la de Estado, la lealtad y fidelidad a la patria, se extiende, por ende, a la estructura que sirve de cobertura jurídica a aquel ente estatal. En suma, la idea de patria, lleva inherente un sentimiento de amor y fidelidad hacia la sociedad política donde nos incardinamos como ciudadanos. La máxima expresión del afecto hacia la Patria-Estado, se materializa en la entrega de la vida por ella durante un conflicto bélico.

El patriotismo, como idea y como sentimiento, viene siendo objeto de rechazo por algunos pensadores e ideologías:

- 1) A mediados del siglo XIX, en el Manifiesto Comunista del año 1848 de Marx-Engels, se sustenta la tesis de la apatridia del proletariado. Como si un obrero manual por el solo hecho de serlo, no tuviera —o no pudiera tener— apego a su patria.
- 2) El internacionalismo obrero supone, a su vez, una quiebra a la conciencia ciudadana de amor a una patria concreta, y en el intento de sustituir la idea de Estado-Patria por la de Internacional obrera, como la patria del proletario. Esto, la historia lo ha desmentido cuando, en las últimas guerras, los obreros de distintos países se han matado entre sí, echando por tierra la tesis de que los obreros-hermanos nunca lucharían entre ellos.
- 3) La concepción supranacional europea, en tanto en cuanto mitiga el ardor del sentimiento patriótico, o las doctrinas de carácter ecuménico o universalita, intentan saltar —o saltan— por encima de las fronteras nacionales.
- 4) El patriotismo localista o regionalista, toda vez que implica un soslayamiento de la «patria de todos», por la idea de la «patria de unos

cuantos»: esto es, se pretende hacer incompatible el amor al «terruño» con el amor al Estado-Patria, como si un ciudadano cualquiera no pudiese estimar simultáneamente a su provincia y a su Estado.

La interacción de los términos patriota y nacionalista es obvia, habida cuenta que todo ciudadano que ama a su patria es un nacionalista y viceversa. Ahora bien, se pueden descubrir matices entre ambos conceptos. El nacionalismo significa, según Horace B. Davis «preocupación por los intereses de una comunidad particular, mientras que el patriotismo puede significar esto, o bien preocupación por los intereses de un Estado particular. Ni el nacionalismo, ni el patriotismo, tienen por qué ser necesariamente agresivos, pero sí lo serán especialmente, si toman formas de jingoísmo o de chauvinismo, que se consideran viciosas» (1).

Nacionalismo y patriotismo, son sentimientos que van unidos. Por un lado, el patriotismo se vertebra a través del Estado. Por otro, la nación suscita adhesiones y afectos, cuyo máximo exponente es el patriotismo. No se puede entender el nacionalismo sin un ápice de sentimientos patrióticos, ni comprender un patriotismo que no se apoye en el Estado (2).

A juicio de José R. Recalde, «el nacionalismo no es otra cosa que una de las formas del patriotismo, la que surge como ideología de masas de una estructura social modernizada. La contraposición entre patriotismo, como amor a lo propio, y nacionalismo, como oposición a lo ajeno, prima indebidamente al primer concepto, y ataca, por excesiva generalización, al segundo» (3).

Según Fichte, «el amor a la patria, ha de condicionar la vida y actividad del Estado, en lo tocante a fijarle un fin más amplio que el que suele adscribirsele normalmente. El amor patrio ha de extender la esfera de competencia del ente estatal, más allá de la mera tutela de la paz interna, de la propiedad, de la libertad personal, de la vida y del bienestar de todos. Únicamente para este fin superior y para ningún otro, reúne el Estado un poder armado» (4).

El canto a la patria ha sido recogido a lo largo de las páginas de la Historia por la pluma de insignes pensadores. Sin carácter exhaustivo, recogemos

-
- (1) Davis, Horace B. *Nacionalismo y socialismo*. Edición Península, Barcelona, 1975, p. 9.
 - (2) Blanco Ande, Joaquín. *El Estado, la Nación, el Pueblo y la Patria*. Editorial San Martín, Madrid, 1985, p. 263.
 - (3) Recalde, José R. *La construcción de las naciones*. Editorial Siglo XXI, p. 141.
 - (4) Fichte, G. *Discursos a la nación alemana*. Editorial Taurus 1968, p. 149.

algunas de las más significativas. Decía Homero que «sólo un vaticinio es bueno: combatir por la patria». Para Tucídides, patria «es toda cosa, su misma naturaleza». A juicio de Platón, «no hemos nacido para nosotros, sino para nuestra patria». Ovidio afirmaba que «el amor a la patria es más fuerte que todas las razones del mundo». Séneca sentenciaba que «ninguno ama a su patria porque es grande, sino porque es suya». Maquiavelo señalaba que «ningún hombre de honor censurará a quien procure defender a su patria, de cualquier manera que la defienda». El propio Voltaire llegó a decir ¡Qué amada es la patria para todo corazón bien nacido! Napoleón puntualizó que «la primera virtud es la devoción a la patria». Por último, Lord Byron apostilló que «el que no ama a su patria no puede amar nada».

Desde la óptica de una eficaz política de defensa, el amor a la patria «es un sentimiento que ha de anidar generosamente en la masa de ciudadanos. Es un hecho constatado en numerosas guerras, que un soldado, no experimentado, pero que ame profundamente a su patria, se crece en el combate y es capaz de superar a su oponente más técnico, pero tibio y apático en el campo de batalla» (5). En este sentido, el Decreto de la Asamblea Legislativa francesa de 11 de julio de 1792, enfervorizó al pueblo francés con estas palabras: «Numerosas tropas avanzan hacia nuestras fronteras, todos los enemigos de la libertad se arman contra nuestra Constitución. Ciudadanos, la patria está en peligro». Un ejemplo histórico vale más que mil palabras. Dicha convocatoria patriótica hizo el milagro no sólo de levantar en masa al pueblo francés contra la invasión extranjera, sino también de contenerla, infligiendo los bisoños patriotas de la Revolución severas derrotas a tropas experimentadas, mandadas por prestigiosos generales.

Para concluir, es oportuno puntualizar «que en el español es detestable una hiperbolización del amor a la patria chica, en detrimento del interés superior del amor a la patria grande. Ese amor al terruño es laudable, en tanto en cuanto no se superpone, no obstaculiza, ni difumina el amor a la patria de todos. Esa obsesión localista es una consecuencia del plegamiento de España a finales del siglo XIX sobre sí misma; pero también revela egoísmo y desinterés por los demás compatriotas, cuando no falta de cosmopolitismo y visión pacata del mundo que nos toca vivir» (6).

En principio, el nostálgico amor a la patria pequeña, asociado a las indelebles huellas de la niñez, es un sentimiento romántico positivo; ahora bien, se trueca en mezquindad y pobreza, como reconoció el prestigioso

(5) Blanco Ande, Joaquín. *Op. cit.* p. 258.

(6) Blanco Ande, Joaquín. *Op. cit.* p. 264.

historiador Menéndez Pidal, «si las experiencias y las ideas generosas de la juventud no lo extienden a la patria grande, la patria a secas, como el amor patrio degenera también en una delimitación, si la mayor madurez del hombre no lo comparte con el de la patria universal, con el de todo el país del que recibe alguna benéfica inspiración de la vida superior» (7).

Nacionalismo

Nacionalismo en España

Comúnmente se tienen en España por conceptos idénticos, los de regionalismo, nacionalismo y separatismo. Dicha idea por simplista, es errónea, toda vez que cabe establecer las siguientes diferencias. El regionalismo español, lo entendemos como aquella postura de defensa del «Hecho diferencial» —primordialmente del catalán, vasco, gallego y en menor medida del valenciano y andaluz— así como de los idiomas periféricos preexistentes, y de la «forma de ser» de los habitantes de ciertos territorios españoles, tanto por lo que respecta a la cultura propia, como a la tutela de las viejas tradiciones e instituciones, etc...

En suma, el regionalismo es la idea política que concibe a España como Estado plural, no centralista, ni uniformista. El regionalismo, así concebido, no es ni separatista, ni secesionista, ama a España, de ahí que no pretenda romperla en mil pedazos, tiene simplemente una concepción no unitarista del Estado. Dicha idea se encuentra en el regionalismo gallego —Brañas, Murguía, Rosalía de Castro, Pondal, etc...; en el catalán Torrás i Bages, Prat de la Riva, Cambó, etc...—.

El nacionalismo, por el contrario, es un regionalismo con espíritu de revancha, con resentimiento, con auténtica obsesión centrifugista. No se contenta, en último término, con la idea del Estado plural, no uniformista, ni centralista. Se declara nación, —previo paso por la idea regional, que luego abandona por quedársele pequeña en sus aspiraciones— a fin de tener argumentación jurídica y política con la que poder racionalmente invocar su máxima aspiración: el Estado propio. Dicho nacionalismo lo encarnó, sobre todo, el fundador del PNV, Sabino Arana, inventor del término Euzkadi y de la *ikurriña* a quien los nacionalistas vascos reconocen como su «padre». Su nacionalismo destila odio hacia España, es por tanto independentista.

(7) Menéndez Pidal, R. *Los españoles en la historia*. Espasa Calpe, Madrid, 1971, pp. 144-145.

En sus escritos de «Vizcaya independiente», llegó a afirmar que los vizcaínos no eran españoles por su historia, sus leyes, sus instituciones, etc. Como ocurre en ocasiones a lo largo de la historia, una mentira repetida miles de veces termina por ser aceptada como una verdad, como es el caso del planteamiento sabiniano.

Una cosa es que los vascos no hayan sido, ni sean, castellanos y otra cosa bien distinta es que no hayan sido, ni sean, españoles. Su rotunda declaración, de que «el español-*maketo*-es nuestro moro, nuestro enemigo» sintetiza el odio fanático de aquél ex carlista bilbaíno, que colocó la mecha en su día del barril de pólvora en que se ha convertido la organización terrorista de ETA. Sus soflamas incitan al «tiro en la nuca»; por antiespañoles.

El separatismo constituye la actitud de aquellos nacionalistas a los que no les basta con el reconocimiento del «hecho diferencial», peculiaridad lingüística, el respeto de sus tradiciones y cultura... Los separatistas españoles, que es el caso que más nos debe preocupar, «quieren irse de España», fundamentalmente por su creencia de que el territorio donde han nacido y habitan no es España, caso de muchos vascos y catalanes.

Consideran que España les ha invadido y, por tanto, pretende hacer creer a los demás, que nuestras Fuerzas Armadas allí radicadas son un verdadero Ejército de ocupación. Rechazan la unidad de España por estimar que, históricamente, la unificación emprendida y lograda entre las coronas de Castilla y Aragón, por los Reyes Católicos, estaba apoyada en una simple unión personal, derivada del matrimonio y, en consecuencia, como tal contrato, fue una unión rescindible por la voluntad popular de cualquiera de las partes.

Olvidan —o quizá prefieran pretenderlo— los que así piensan, que en dicha unión, sólo tenían capacidad y legitimación, los Monarcas suscribientes, no sus pueblos respectivos, toda vez que entonces la soberanía era encarnada por aquéllos y no por sus súbditos. El pueblo accede a la condición de soberano con la Revolución Francesa, y no en los tiempos de Fernando e Isabel, cuando se impuso en toda Europa la Monarquía absoluta, y donde todos los habitantes eran súbditos, pero no ciudadanos.

Separatismo y nacionalismo, marchan de consuno. Todo nacionalista que se precie es separatista, no cabe duda; de lo contrario sería todo menos nacionalista. Lo que ocurre es que los nacionalistas se escinden, no por la meta final, que siempre es la misma: la independencia, sino por el método a seguir para obtenerla. Así coexisten en España nacionalistas que aspiran a

la independencia por vías pacíficas, caso de CIU, PNV, EE, etc. o por métodos violentos o terroristas, caso de ETA, o en su día Terra Lliure, hoy autodisuelta. Como los dos modelos nacionalistas tienen un mismo credo ideológico y un mismo origen, procuran desprestigiarse mutuamente siempre que las circunstancias lo permiten, salvo en época de elecciones, donde hay que atraer a los votantes del partido «hermano».

Así, por ejemplo, en el País Vasco, los dirigentes del PNV —partido que en el año 1959 sufragó los primeros gastos del local y personal que utilizó ETA, no lo olvidemos— llaman a los de ETA violentos, pero no se atreven a llamarlos por su verdadero nombre «terroristas», toda vez que sus centenares de asesinatos con «tiro en la nuca o con coche bomba», no tienen parangón criminal en todo el nacionalismo europeo, salvo el del IRA irlandés.

Pero tengamos siempre presente nosotros, los amantes de la unidad española, que dichos nacionalismos separatistas periféricos españoles, cualquiera que sea la diferencia de método que sigan, les une, siempre, una cosa: prescindir de España, concepto que por otra parte rehúsan utilizar, como si les quemase los labios, sustituyéndolo por el de «Estado español», con lo que dejan caer un mensaje subliminal, «estar a la fuerza en un Estado que no es el suyo», habida cuenta, insistimos en ello, que estos nacionalistas no se consideran ni se sienten españoles.

Y esto hay que entenderlo —por mucho que nos duela— y decirlo sin tapujos. Otra cosa es que dichos nacionalistas lleguen a convertir en realidad sus objetivos separatistas. No sólo a España, sino a la CEE, no les interesa lo más mínimo, y más en nuestro caso, un cambio de fronteras, con la creación de nuevos Estados en el sur de Europa, con todos los problemas que esto conlleva. Pensemos, sólo hipotéticamente, que España accediera a darles la independencia a los nacionalistas vascos. ¿Una vez obtenida, se iban a quedar tranquilos con 7.000 km² o por el contrario continuaría el terrorismo, para anexionarse Navarra, parte de Cantabria, La Rioja, etc?

En el caso de los nacionalistas radicales catalanes, por ejemplo, Ángel Colom, de Esquerra Republicana, declaró en rueda de prensa en Madrid —septiembre del año 1991— que la independencia de Cataluña debía comprender todo el actual territorio catalán, más el Rosellón francés, la Comunidad Valenciana, las islas Baleares y parte de Cerdeña, donde se habla catalán —Alghero—. ¿Se pueden decir hoy en día semejantes barbaridades? Indebidamente sí, en un sistema democrático como el nuestro o cualquier otro que se aprecie de serlo. Ese no es el problema, la

cuestión está en que a quién lo dice, no sólo no se le da por un «soñador», ni fantástico, sino que tiene cierta clientela segura en próximas elecciones.

Tipos de nacionalismo en Europa Occidental

El término nacionalismo es equívoco, no unívoco, toda vez que coexisten diversos tipos que no siempre coinciden en sus objetivos, actitudes y metas finales. Hay nacionalismos unitivos, como el americano de la segunda mitad del siglo XVIII, en las que trece ex colonias inglesas se rebelan contra la metrópoli, sentando las bases de lo que dos centurias después sería la única superpotencia mundial. En ese modelo había que incluir al nacionalismo español de principios del siglo XIX, que dará lugar a la gesta memorable de la guerra de Independencia de inequívoco signo patriótico y en la que el entonces primer Ejército el mundo saldría derrotado, por vez primera, por todo un pueblo alzado en armas.

Asimismo, son tipos de nacionalismo unitivos, los supuestos alemán e italiano de mediados del siglo pasado, donde la nación italiana por un lado —de la mano garibaldiana y el apoyo de Cavour— y la germana, por otro, —de la mano de Bismarck—, consiguen unificar lo que artificialmente estaba separado, esto es, la Nación y el Estado. La tesis manciniana, es decir de Pasquale Estanislao Mancini, rector de la Universidad de Turín, de que toda la nación demanda un Estado, o lo que es lo mismo, su teoría del Principio de las Nacionalidades, sentada en el año 1851, iba a fructificar años después en la praxis política de aquellos dos países de gran tradición histórica.

Sin embargo, al lado de aquel nacionalismo, que une y no rompe, se decanta otro tipo, cuya meta obsesiva es quebrar una unidad que está labrada por la historia, abstracción hecha en este caso, de los nacionalismos coloniales que pretenden recuperar la identidad y soberanía perdidas mediante una guerra en la que se impuso la metrópoli respectiva. Nos referimos, claro está, a los nacionalismos —no de origen colonial— y de tinte separatista. Ejemplos históricos y recientes en Europa no faltan. Veamos los más significativos. En Italia, símbolo en su día de la unidad del Imperio Romano, la patria de Maquiavelo, Dante, Petrarca, Miguel Ángel, Rafael, Leonardo, Tiziano, Verdi, Puccini y tantos otros, pese a que a principios de septiembre del año 1991, su ministro de Asuntos Exteriores, Gianni de Michelis, afirmó rotundamente que «las fronteras de nuestro país no se tocan», lo cierto es que los 280.000 germano-parlantes del Alto Adigio —territorio del Norte que no perteneció a Italia hasta el año 1919, y vinculado históricamente a

Austria— reivindican, bien su adscripción al vecino citado, o, al menos, mayores cotas de autonomía.

Alemania, uno de los países de mayor sentimiento unitario como pueblo y nación, y con una incuestionable identidad común de raza y lengua, no se libra de aquel «virus», como es el caso del pueblo serbio —100.000 personas de origen eslavo que habitan en el *lând* de Brandeburgo— si bien éste limita sus reivindicaciones a aspectos puramente folclóricas: trajes tradicionales y fiestas ancestrales.

En el Reino Unido no todo está atado y bien atado, ni mucho menos unido, pese a su denominación actual. Aunque el frente autonomista escocés parece hallarse en estado de hibernación por efecto de una recuperación económica —su índice de desempleo es más bajo que la media británica— que ha debilitado las ansias independentistas, no es menos cierto, que en el Ulster, las pasadas conversaciones de pacificación, conocidas como Plan Brooke, han fracasado estrepitosamente merced a la radical oposición de los unionistas probritánicos.

En Holanda, la única minoría nacional, la de Frisia —integrada por unas 600.000 personas, de las que dos terceras partes hablan un idioma, a medio camino entre el alemán y el inglés— no parece plantear demasiados problemas al Gobierno Central. Su sentimiento nacionalista se concreta en el área lingüística y cultural, estando bien encauzado, habida cuenta que, desde el año 1937, el frisio se ha incardinado como enseñanza primaria obligatoria en el modelo educativo de la provincia.

En la culta Bélgica, con poco más de 30.000 km, se baten dos récords. Por un lado la suma de ministros del Gobierno Central, de las tres comunidades y dos regiones, la colocan a la cabeza del mundo, por poseer más altos dignatarios por kilómetros cuadrados y, de otro, es el más genuino representante del país de la sempiterna querrela lingüística. Su federalismo e instituciones complejas pretende hacer frente al reto de preservar el equilibrio entre dos comunidades distanciadas por la historia y la cultura: Flandes, antaño pobre y dominada lingüísticamente por una burguesía que se vanagloriaba de expresarse en francés, constituye a la sazón la zona más próspera de los Países Bajos, mientras que la Valonia francófona vive de pasados recursos y añoranzas de tiempos mejores traídos por la pujanza del carbón y la siderurgia.

En España, desde finales del siglo XIX, se decantan nacionalismos periféricos, el catalán y el vasco, que si bien en la actualidad están encauzados mediante la batuta de dos Gobiernos moderados y pragmáticos,

como son los de CIU y PNV —en coalición en ocasiones con PSE-PSOE, o con EE y EA— no es menos cierto que, periódicamente, los líderes respectivos siembran la intranquilidad en el resto de España, con declaraciones marcadamente independentistas o de autodeterminación.

Lo insólito del planteamiento secesionista de los citados nacionalismos de nordeste y norte español tiene, a nuestro juicio, los siguientes agravantes:

- 1) La unidad de España como Estado moderno arranca desde la segunda mitad del siglo XV, constituyendo por tanto, una de las más antiguas de Europa al par que la de Francia, Inglaterra y Portugal. ¿Cómo se puede, pues, parangonar históricamente el supuesto vasco-catalán, con el de los países Bálticos, que sólo conocieron la independencia entre las dos Guerras Mundiales? ¿Cómo se puede buscar similitudes con el nacionalismo del Alto Adigio italiano, que siempre perteneció a Austria, hasta que en el año 1919 se adjudicó a Italia. Los independentistas vascos y catalanes pretenden asemejar sus reivindicaciones separatistas con los casos de Eslovenia y Croacia, sin pensar que éstas constituían parte del Imperio Austro-Húngaro hasta la Primera Guerra Mundial y como consecuencia de la derrota de los tres Imperios en aquella litis, Alemania, Austria y Turquía fueron desmembradas por el Tratado de Versalles, obligándoles a ceder territorios a otros países, que en el supuesto eslovano y croata se adjudicaron a Serbia para crear el Estado artificial y nuevo de Yugoslavia junto con Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia, y las regiones de Kosovo y Volvodina.

Uno comprende, leyendo las páginas de la historia —cosa que algunos separatistas no hacen o lo que es peor, pretenden tergiversarla— que la mayoría de los españoles no deseamos la ruptura de la unidad española, tan trabajosamente lograda en su día por los Reyes Católicos y que eslovenos y croatas, que nunca formaron Estado con los serbios, pretendan independizarse de éstos, máxime cuando a la fuerza se les obligó a abandonar al Imperio Austro-Húngaro, y a unirse con el Estado que desató con el asesinato por pistoleros serbios, del futuro Emperador de dicho Imperio en el año 1914, en Sarajevo, el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Aquella partición del Imperio Central europeo —como la de Alemania y Turquía— fue tan funesta y denigrante, que trajo consigo una Segunda Guerra Mundial. Unir artificialmente a los vencedores serbios —desencadenantes de la guerra— con los vencidos eslovenos y croatas, miembros del Imperio Austro-Húngaro, y víctimas del magnicidio serbio,

ha sido uno de los mayores errores cometidos por las potencias vencedoras en el año 1918, como la historia reciente nos lo confirma.

- 2) Cataluña y sus 6.000.000 de habitantes representa la región más industrializada y próspera de España, el País Vasco con poco más de 2.000.000 de habitantes, y unos 7.000 km² —menos extensa que la Comunidad autónoma de Madrid— ha bajado significativamente su «renta *per cápita*», desde que el terrorismo etarra ha espantado al inversor, aunque todavía sigue siendo pieza esencial en el mecanismo económico español. La hipotética separación de España de esas dos partes tan entrañables de nuestro territorio, redundaría, lógicamente, en perjuicio de todos y, en primer lugar, de los independentistas. La declaración reciente —septiembre de 1991— del ministro de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, acerca de las reivindicaciones catalano-vascas nos parece muy inteligente: «España pondría su veto para que Cataluña y País Vasco, como Estados independientes, formasen parte de la CEE y la OTAN».

Su seria advertencia a los líderes independentistas no cayó en saco roto, bajando aquellos el tono de sus reivindicaciones y, en concreto, Jordi Pujol, que el 11 de septiembre del año 1991 —día de la Diada catalana— declaró que Cataluña «es una nación y tiene derecho a la autodeterminación, al mismo tiempo que su Gobierno es partidario de ejercerlo dentro de la Constitución y rechazando la secesión». No entendemos semejante ambigüedad calculada. ¿Cómo se puede ejercer el derecho de autodeterminación —léase sin eufemismos, independencia— dentro de nuestra Carta Magna, si ésta no prevé semejante hipótesis? ¿Cómo se puede decir, consecuentemente, que se «rechaza la secesión», si antes se afirma que Cataluña tiene derecho a la autodeterminación?

Toda estrategia catalana y vasca «se han basado, hasta ahora, en confiar en que la unidad política europea diluya los Estados actuales y que sean las naciones y las regiones las unidades basadas de una futura «Europa de los Pueblos». La soberanía nacional —soberanía en todo caso relativa frente a Bruselas— se obtendría sin necesidad de plantear un proceso independentista» (8). El, a nuestro modo de ver, legítimo derecho croata a la secesión, ya estamos viendo los sufrimientos en pérdida de vidas humanas y materiales que le está irrogando en las actuales circunstancias. Esto es una cuestión que deben tener siempre

(8) Pastor, Carles... Los otros españoles (*El País*, pp. 11-19, 1991).

los independentistas bien presente. Ningún Estado, ningún gobierno, con un mínimo decoro político, va a facilitar las cosas para que su territorio se rompa.

Una lucha por la independencia no es un camino de rosas. ¿Merece la pena intentar marcharse a costa de muchos muertos y el descenso del nivel de vida que comporta toda guerra fratricida? El ejemplo báltico de concesión de la independencia, sin apenas sangre derramada, por parte de la extinta Unión Soviética, sólo se explica por varias razones:

- a) Los países Bálticos fueron anexionados por la fuerza en el año 1940 por la Unión Soviética, previo pacto con el III Reich.
- b) Dichos países, aunque por poco tiempo —período entre guerras mundiales— fueron independientes.
- c) La Unión Soviética ha dejado de ser una superpotencia y, lo que es peor, está en franca descomposición política y en bancarrota total, que le obliga a demandar alimentos y medicinas con que abastecerse para el duro invierno que se aproxima.
- d) Los dirigentes políticos de la Unión Soviética y en concreto, Gorbachov —que pasará a la Historia como el autor de la *perestroika* y democratización de la Unión Soviética, así como el artífice de la liquidación de la guerra fría y el Pacto de Varsovia— son conscientes que, tras la imagen siniestra del período estalinista, ya no es de recibo masacrar a los pueblos que en su día, por la fuerza de las armas, fueron anexionados y que ahora desean recuperar su libertad e independencia primigenias. Sólo estos extremos explican que el Ejército soviético, el *sóviet* supremo y los máximos líderes del Kremlin dieran —muy a su pesar— vía libre para la independencia lituana, estona y letona, declarando nulo el Acuerdo de Anexión del año 1940.
- e) La Unión Soviética, con más de 22.000.000 de km² —la sexta parte terrestre del planeta Tierra— continúa siendo, pese a la independencia de los países Bálticos, que sólo totalizan 170.889 km², el mayor Estado sin solución de continuidad, que jamás haya existido. Dichas repúblicas, demográficamente hablando, con sus 7.944.000 habitantes tampoco tienen un particular peso específico en el montante poblacional de la Unión Soviética.

Su situación estratégica de cara al mar Báltico, y su mayor nivel de vida respecto de la media ponderada de la Unión Soviética deben hacer su marcha más dolorosa, si cabe. Lo peor de la ruptura está en el precedente que se sienta de cara a las otras repúblicas que ya han declarado su deseo de independizarse de Moscú, como Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Moldavia, etc.

ANEXO

Por JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ PÁRAMO

Al estudiar el presente y futuro de la conciencia nacional, se ha creído conveniente y necesario incluir en el conocimiento del presente de dicha conciencia nacional, un apartado dedicado a analizar los conceptos de patriotismo y nacionalismo; conceptos hoy de sumo interés, dadas las variadas interpretaciones que se les dan, según las conveniencias de cada caso.

Para complementar lo que referente a ese tema ha sido redactado en el apartado «Patriotismo y nacionalismo», por el señor Blanco Ande, como ponente de dicho estudio, se ha estimado que el parecer de la Iglesia, en relación con esos conceptos de nacionalismo y patriotismo, puede proporcionarnos argumentos muy válidos y dignos de conocer. En este sentido se presenta como Anexo al apartado «Patriotismo y nacionalismo», del estudio de este Grupo de Trabajo, un resumen de lo que se expone en *Conceptos fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia*, Tomo III M.Q. ed. Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, Madrid, 1971, redactado por J. L. Gutiérrez García en las pp. 170 y siguientes y 351 y siguientes.

Los que estén en letra cursiva que figuran son del autor del resumen.

El patriotismo o amor a la patria, constituye un deber sagrado y exigente, que «impone la obligación de amar especialmente y defender el país en que hemos nacido y en que hemos sido criados, hasta el punto de que todo buen

ciudadano debe de estar dispuesto a arrostrar incluso la misma muerte por su patria...» (*Sapiential Christianae*: AL 10,13).

El patriotismo constituyó una virtud relacionada con la teoría de las dos patrias simultáneas y objetivamente concordantes del cristiano, y no ajena a la solidaridad implícita en el proceso de supranacionalismo y mundialización crecientes. Desde un punto de vista católico, como corresponde la tradición milenaria de España, la patria religiosa y la patria política no se oponen; se complementan si «hemos de amar a la patria que nos ha dado la vida temporal» hemos de tener un amor más entrañable a la Iglesia «que nos ha comunicado la vida eternamente duradera del alma». Esto no debe servir de base para caer en nacionalcatolicismos o en extralimitaciones, pues resulta prioritaria la patria eterna, si hubiese contradicción entre los dos patriotismos.

Tampoco se refiere el patriotismo a sistemas o regímenes políticos concretos, sino al bien de la nación, y los nacionales cualquiera que sean aquéllos. De suyo no puede darse contradicción entre el amor a la patria temporal y el amor a la patria eterna. Para el creyente, el que exista una jerarquía que sitúa antes el amor a la patria sobrenatural, no es obstáculo para que ame a su patria tanto o más que aquél que, por ser incrédulo o por una actitud laica, sólo tiene una patria histórica. Las personas o las exigencias de los Estados, pueden invertir el orden y tratar de hacer prioritarias las exigencias en pro de la patria temporal. En ese caso el laico no tiene otro problema que el costo de su servicio a la patria, y el creyente tiene el de agradecer a Dios antes que a los hombres.

La raíz más profunda y el estímulo más inexhausto del patriotismo, para muchos, se encuentra en la dimensión local «comunidad de unión inmediata», forma ampliada de la familia y depurada de comunidad (*En décidant* 4: AAS 47 —1955— 717). No se trata de impulsos instintivos, ni de pasiones gregarias e irracionales sino de manifestar las legítimas diversidades en la unidad necesaria, la espontaneidad, libre consentimiento y don mutuo «en el seno de esta familia amplia y trascendente que es la patria» (*C'est un geste* 3: AAS 38 —1946— 316).

En la virtud del patriotismo hay dos elementos o planos: el apego afectivo a la propia tierra y toda la suma de afectos y consecuencias en que el amor a la patria se plasma. El amor a la patria se abre a los demás.

El Concilio Vaticano II dice literalmente: «Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia

humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, pueblos y naciones» (*Gaudium et Spes* 75 AAS 58 —1966— 1098), esto se refiere a todo ciudadano. El cristiano debe sobresalir en la virtud del patriotismo, «en el cumplimiento de sus deberes civiles» y debe promover el bien común y que las leyes respondan a los preceptos de la moral (*Apostolicam actuositatem* 14: AAS 58 —1966— 835).

El amor a la Patria debe evitar por entero el desprecio por otras razas y el nacionalismo exagerado (*Ad gentes* 15: AAS 58 —1966— 961).

El Concilio urgió el patriotismo y pidió que se evitasen sus excesos. Siendo legítimo y santo el amor a la patria, pueden equivocadamente considerarse loables actos y crímenes, que serían reprobados por todos sino se alegase el amor a la patria. Este absurdo inmoral se ve trágicamente en el terrorismo regionalista, que una minoría enloquecida puede considerar heroísmo. Esto sucede así porque, como explica el documento *Ubi arcano*: «El amor a la patria y a la propia raza, si bien son fuente poderosa de virtudes y actos heroicos cuando se halla regulado por la ley cristiana, se convierten en semilla de innumerables injusticias e iniquidades cuando, violando las reglas de la justicia y el derecho, degenera en un nacionalismo inmoderado» (*Ubi arcano* 20: AAS 14 —1922— 682), conviene tener en cuenta que:

- a) *Enemigo del genuino patriotismo es el nacionalismo*, que desorbita y desfigura el sano amor a lo propio, llegando a ser enemigo de la paz y prosperidad, configura militarmente la educación física de los jóvenes, usurpa el tiempo del Señor y de la familia, más allá de lo que pide la defensa de la Patria y del orden público (*Divini Illius Magistri* 39: AAS —1930— 64).
- b) *Un segundo enemigo del amor a la patria es el totalitarismo*, su deformación totalitaria como sucedió con el nacionalsocialismo (*Mit Grenneder Sorge* 43: AAS 29 —1937— 164). El totalitarismo mismo desvalora el desarrollo equilibrado de la personalidad, la nobleza, la humanidad, el respeto y exalta lo que lleva al logro del éxito político.

El Estado puede exigir los bienes y la sangre, pero nunca el alma redimida por Dios. Por esto corresponde a los padres proveer al bien temporal y eterno de la prole, mediante una formación que lleve al cumplimiento de los deberes del sano patriotismo temporal y oriente hacia la patria sobrenatural. Con mentalidad laica o agnóstica si se le une una actitud democrática, se deberá respetar una actitud creyente antitotalitaria y la libertad religiosa de los que en la tradición española son mayoría, según los estudios sociológicos más solventes.

- c) *Un tercer error o pseudo patriotismo es la auto valoración excesiva de la propia historia o el propio presente*, el patriotismo no es desprecio, desconfianza o enemistad con otras patrias. Lo propio y lo ajeno ha de ser valorado con exactitud y sacrificio. Así lo exige la verdad, la fraternidad y la supranacionalización.

El orgullo por las victorias y el sentimiento por las derrotas forman parte del patriotismo que debe, no obstante, comprender y respetar los sentimientos de la otra nación (*Nous vous sunhaitons* 8: AAS 44 —1952— 820).

Es necesario combinar el amor a la patria con la solidaridad universal natural y cristiana; que no se opone a la tradición y gloria de la propia patria, ni prohíbe el fomento de una creciente prosperidad de aquellos, que están unidos a nosotros por especiales vínculos. Cristo amó a su patria y lloró por la ruina inminente de la Ciudad Santa. El patriotismo no va en contra del precepto de la caridad universal.

El *nacionalismo*, como perturbación del patriotismo, parte del egoísmo y lleva al aislamiento nacional. Pío XI lamentaba, en el año 1930, que se estuviese difundiendo un nacionalismo tan exagerado y falso que actúa como verdadero enemigo de la paz y la prosperidad, que niega todo al país vecino y reivindica todo para sí. Esta «mentalidad egocéntrica del Estado» o de ciertos grupos y regiones, lleva a un tipo de Estado nacionalista, cerrado en sí mismo, centralizador de las fuerzas, preocupado por la elección, de alianzas, no menos pernicioso que el que predominó el siglo pasado (*Ecce Ego* 25 y *Gravi* 20).

Además del nacionalismo político, del que hablan en general los documentos hay un nacionalismo económico, imperialismo económico de explotación injusta de otras naciones para provecho propio.

El nacionalismo produce efectos perturbadores:

- a) *En el orden religioso*, en el sentido negativo del nacionalsocialismo por ejemplo, que hablaba de un dios nacional aprisionado en la estrechez étnica de una sola raza.
- b) *En el orden educativo*, configurando, como dijimos, militarmente la educación de la juventud, desfigurando el sentido profundo del domingo, vaciándolo de toda proyección religiosa (aquí, Pío XI, pensaba en el nacionalismo fascista).
- c) *En el orden de la vida social y política*, el nacionalismo representa una *hipertrofia del patriotismo* que produce odios y conflictos entre las naciones, iniquidades e injusticia; en la Administración pública conculca.

las normas sagradas y la norma de toda la vida y cultura civil; subvierte los fundamentos del derecho y la fe sobre los que se sustenta el Estado; olvida las enseñanzas de los mayores en orden al cumplimiento de la Ley, y el culto a Dios como pilares firmes de las sociedades políticas (*Caritate Christi* 4: AAS 24 —1932— 179-180).

El nacionalismo, además, produjo un enorme cúmulo de sacrificios de vidas e impuso agobiantes pesos espirituales y económicos.

Todos los males nacen de la confusión de la *vida nacional* (derecho y gloria de los pueblos que debe ser promovida) con el *nacionalismo*, amor desordenado a la propia nación, germen de infinitos males, nunca suficientemente rechazados. La vida nacional, como conjunto operativo de valores de civilización propios de un determinado grupo o país con unidad espiritual, enriquece la cultura de toda la humanidad, y es algo no totalmente político, y no es el principio de disolución, más cuando se convierte en nacionalismo exagerado, y el Estado dominador y centralista hace de la nacionalidad fuente de expansión, germen de rivalidades e incentivo de discordias (*Ecce Ego* 26: AAS 47 —1955— 22-23).

- d) *En el orden jurídico* el nacionalismo convierte a la nación en raíz última del Derecho «último imperativo e inapelable norma» atribuyendo una falsa majestad a la legislación positiva, a la producción de las personas físicas y morales (*Cum sempre* 17: *L'importance* 20 —1943 y 1950—).
- e) *En el orden de las relaciones internacionales*, perturba el recto orden y la fraternidad universal, alimenta la desconfianza y el recelo en las alianzas; impide la comprensión, la colaboración y la mutua ayuda (*Ecce Ego* 27). El falso nacionalismo constituye el verdadero enemigo de los pueblos jóvenes (*Col Cuore aperto* 17 año 1956) y sacrifica a los intereses nacionalistas las minorías étnicas (*Ecce Ego* 33).

El nacionalismo exacerbado olvida la fraternidad universal e ignora, que también los otros países tienen derecho a la vida y a la prosperidad. La justicia engrandece las naciones y el pecado es la decadencia de los pueblos (*Provevius* 14,34). La adquisición de ventajas para una familia, ciudad o Estado, con detrimento de los demás, lejos de ser excelente y magnífica, son éxitos no definitivos, ni exentos del peligro de ruina total (*Ubi arcano* 20 —1922—).

- f) *En el orden de la solidaridad* el nacionalismo la niega y conculca olvidando, que la solidaridad impone múltiples deberes para con la gran familia de las naciones. El nacionalismo tiene un concepto erróneo

sobre el carácter moral de la guerra y llega incluso a justificar el crimen político: el mismo crimen que, perpetrado por individuos privados, merecería la unánime reprobación de todos, ese mismo, realizado por amor a la patria, se juzgaría honesto y hasta laudable (*Caritate Christi* 4). No otra cosa sucede en el entorno de los nacionalismos regionalistas exacerbados y fanatizados:

Es absurdo e inadmisibles considerar la guerra, lleve a ella el nacionalismo u otra razón, como algo ajeno de toda responsabilidad moral. Declarar la guerra puede ser un error político pero es también una culpa moral, un delito del gobernante que no conservó, cuando podía, la paz (*Ecce Ego* 12 —1955—).

El juicio del magisterio moral sobre el nacionalismo, así entendido es en todo momento condenatorio y negativo; es el responsable de las guerras últimas, y puede llevar a conflagraciones mortales para la civilización (JLGG p. 173 vol. III). El individualismo estatal en los últimos siglos ha llevado al totalitarismo, que ejerce una política nacionalista. Sin la Iglesia y contra la Iglesia se intenta la unidad mediante la cultura laica y el humanismo y la tumba de la sana libertad humana, organizaciones impuestas, brutalidad, barbarie, la funesta desunión, la falta de seguridad (*Negli ultimai* 13).

El nacionalismo, como fuente de celos, odios y guerras, es una verdadera *desviación enfermiza del patriotismo*, con propensión a la guerra por cuestiones de prestigio y honor (*Gravi* 25 y *Il programma* 16). Suma a sus inconvenientes el nacionalismo el ser *enemigo de la adecuada solución de los problemas sociales y de la solidaridad internacional* (*Nous vous adressons* 6). Por ello la renuncia al nacionalismo es «camino de salvación general» exigida por la paz interior de las naciones y la paz internacional.

El nacionalismo rebrota no sólo en los países adelantados, sino en los que han adquirido hace poco su independencia, y en el interior de países como la Unión Soviética, España, Gran Bretaña, etc.

El nacionalismo se opone a un mundo más justo y más estructurado, el orgullo de la vieja tradición o el deseo de velar por la frágil unidad de un país joven deben ser sublimados por la caridad universal que engloba a todos los pueblos y regiones. *El nacionalismo aisla a los pueblos de lo que es su verdadero bien*, y es particularmente nocivo donde la debilidad económica exige una mayor puesta en común de esfuerzos (*Populorum Progressio* 62).

El nacionalismo, enemigo de la solidaridad universal y de la paz, debe ser eliminado con energía (*Octogesima Adveniens* 17 —1971—). Constituye una fuente de discriminaciones injustas.

La situación exige que los Estados «renuncien al egoísmo nacional y a la ambición de dominar a otras naciones» (*Gaudium et Spes* 82). «Para establecer un auténtico orden económico universal, hay que acabar con la pretensiones de lucro excesivo, las ambiciones nacionalistas, el afán de dominación política, el carácter militarista y las maquinaciones para difundir e imponer las ideologías» (b 85) (1966). «El amor a la Patria debe cultivarse evitando por entero, sin embargo, el desprecio por las otras razas y el nacionalismo exagerado» (*Ad gentes* 15-1966).

LA SOLIDARIDAD NACIONAL E INTERNACIONAL

POR FELIPE QUERO RODILES

Factores esenciales de la solidaridad

La sociedad existe en virtud de que existe un bien común, que no sólo es conforme con su naturaleza, sino que le resulta necesario y que la razón —o la conciencia— lo percibe como tal. Este bien no puede obtenerse ni realizarse más que mediante ciertas exigencias respecto a los miembros que componen la sociedad. De la expresión de esas exigencias surge el orden social, en el que el bien común se configura como su propia esencia.

En este orden de ideas, el orden político, sea cual sea la dimensión que de él se considere, no tiene por objetivo directo ningún bien particular o privado, sino el general de todos los individuos y grupos inscritos en él. El orden político no trata de alcanzar el bien privado del mayor número de miembros ni la suma de los bienes particulares, sino el bien general que condiciona la obtención de todos los demás. La sociedad política no procura a cada uno la satisfacción de su bien privado, sino que proporciona las circunstancias sociales y generales favorables, en virtud de las cuales puede obtenerse el bien particular o privado. Por ello, el bien común se configura también como factor esencial de la sociedad, considerada políticamente.

Pero a la sociedad se llega a través de todo el conjunto de vicisitudes por las que ha ido pasando el grupo organizado. Toda sociedad actual proviene de la evolución de otra sociedad anterior, es decir, que aquélla está elaborada o construida con su propio «pasado», de forma que su realidad presente es

fruto de los acontecimientos acaecidos con anterioridad. La sociedad de hoy presenta, por tanto, unas características que son síntesis y consecuencia de las costumbres, usos, creencias y experiencias que informan la vida en común. La Historia se revela, en consecuencia, como un factor determinante de la sociedad, y como tal, depositaria de muchos de los valores capaces de promover el sentimiento colectivo y el entendimiento entre sus miembros. La Historia se entiende entonces, como otro de los factores esenciales de la sociedad política en todas sus dimensiones.

La vida colectiva o social no responde a un patrón estático sino dinámico. No se trata de una realidad estática cuyo dinamismo es la Historia, sino que su propia existencia es la que configura la realidad dinámica de la Historia. La sociedad no es separable de su historia, por lo que no es posible comprender —ni siquiera analizar— el carácter y la idiosincrasia de una sociedad, sin considerar de forma esencial las circunstancias históricas del momento. La circunstancia histórica pasa de esta manera a constituir otro de los factores esenciales de la sociedad.

Por otra parte, las naciones son realidades sociales que se han ido configurando mediante la incorporación de unidades sociales menores. En sentido estricto, las unidades de convivencia europea, desde la Edad Media hasta nuestros días, han sido los «Estados-Naciones», aunque no con carácter exclusivo. También han convivido en esas unidades otros grupos menores, que no han logrado llegar a asentarse como naciones, pero que sí han permanecido con cierto sentido de unidad política. Son lo que algunos analistas han denominado «unidades políticas peculiares». El sentimiento «nacional» o «nacionalista» tiene por ello un valor de convocatoria indudable.

Aquí conviene aclarar el sentido que hemos de dar, en este caso, al vocablo «nacionalista» porque su uso en nuestros días se presta, como en capítulos anteriores hemos visto, a las más dudosas, controvertidas y, con frecuencia, interesadas interpretaciones. Tratamos de expresar con él, con la mayor precisión posible, la dimensión de lo nacional como unidad, el sentido de personalidad política completa que puede tener una nación o grupo, forme o no Estado.

A lo largo del tiempo, estas unidades políticas peculiares o minorías, han venido presentando tres características diferenciales reveladoras. En primer lugar, la «voluntariedad», de forma que ninguno de sus miembros «pertenece» al grupo sino que «quiere pertenecer» a él. En segundo lugar, la «antigüedad», de manera que no se trata de implantar una estructura política nueva o evolucionada sino de recuperar o conservar una estructura pasada o *status* anterior normalmente anquilosado y superado. Por último, la

«segregación»; es decir, que fundamenta su realidad y perspectivas de futuro, en la substracción o separación del grupo en que se encuentra integrada.

También el «nacionalismo» se configura entonces como un factor esencial más de la sociedad, tanto en su aspecto integrador (característico de muchas sociedades modernas y evolucionadas) como en el segregador, propio de las minorías separatistas y radicalizadas. Ambos aspectos se muestran muy capaces de movilizar la conciencia social del grupo, y de fundamentar sus aspiraciones políticas.

La sociedad europea, en las épocas moderna y contemporánea, no ha sido otra cosa que el conjunto de sus «Estados-Naciones». Europa no se ha configurado como un ente diferenciado, como un algo distinto, sino como el ambiente o entorno en que se constituyeron, convivieron y evolucionaron naciones y minorías peculiares. Ese proceso evolutivo se hizo característico e informó, continua y permanentemente, la formación de las naciones. El espíritu de naciones y minorías cobró así una dimensión única europea, que conformó una actitud y un sentimiento unificador bastante importante, al que hay que imputar la conciencia de unidad europea.

El entorno o ambiente también ha propiciado en la Europa de nuestros días una evolución un tanto sorprendente y, a primera vista, bastante paradójica. Por una parte, las «Naciones-Estado» han emprendido resueltamente un proceso integrador de gran envergadura, que les lleva a una estructura nueva y hasta ahora desconocida: la Europa supranacional. Por otra, las minorías presentes en el Continente parecen haber recobrado nuevas energías y se muestran más decididas cada día a constituirse en «minorías-Estado», a base de su segregación del Estado al que pertenecen, y su integración en la entidad supranacional europea, con personalidad política propia. Es la recuperación modernizada y ampliada de una antigua idea: la «Europa de las Patrias».

Son, pues, cinco los factores esenciales de la sociedad que inciden en la conciencia social y son susceptibles de promover la solidaridad entre grupos sociales, tanto a escala nacional, como internacional. El «bien común», valor nuclear de la estructura social, sin el cual es inviable cualquier iniciativa de progreso. La «Historia» por cuanto es la realidad social misma con su carga moral, política y psicológica. La «circunstancia histórica», única valencia capaz de situar la realidad en su momento político, económico y social. El «nacionalismo», por su capacidad de convocatoria, tanto en su vertiente integradora como en la separadora. Y el «entorno»

supranacional o regional por lo que tiene de crisol donde se forjan actitudes y sentimientos comunes con otros grupos.

Tensiones estructurales

Una estructura social no es una mera disposición de elementos inertes.

La sociedad es un sistema de fuerzas vivas que se orientan en un cierto sentido, y que se comporta como fuerza resultante de tensiones y resistencias, que inciden sobre ella en determinadas direcciones y sentidos. Este sistema vectorial es realmente quien proporciona consistencia al sentido de unidad social del grupo. Lo que permanece en situación invariable en una sociedad no es que no esté sometida a cambio, sino que se mantiene en equilibrio en función de determinadas fuerzas. Bastará con la ruptura de ese equilibrio, para que deje de estar inmóvil y entre en evolución o cambio.

Las fuerzas que intervienen para constituir el sistema vectorial, que configura el juego de tensiones estructurales de la sociedad, son invariables en dirección e intensidad, y sus mismos ingredientes modifican también sus valores con frecuencia, lo que hace que la sociedad en su conjunto o, mejor dicho, la propia estructura social del grupo se vea sometida a modificaciones sustanciales de forma permanente. En consecuencia, las fuerzas primarias que actúan sobre la sociedad se comportan ya como tensiones estructurales, es decir, con capacidad para promover cambios profundos en el grupo.

Desde un punto de vista teórico, los dos valores resultantes a que conducen esas tensiones estructurales son los que configuran el sentido de la «unidad» y de la «integración». Ambas nociones constituyen parámetros ideales o de referencia, que no se manifiestan con absoluta pureza, no ofrecen una clara delimitación entre sí, ni resultan fácilmente desvelables, pero sí que resultan valiosos e insustituibles, para un adecuado análisis de la solidez de la organización social, a todas las escalas, y para de sus pautas de conducta colectiva, aspectos fundamentales para considerar el valor de la solidaridad en cualquier comunidad.

La idea de «unidad», en el campo de la estructura social, responde al concepto de formación espontánea, regida por criterios de justicia distributiva, surgida de la integración jerarquizada de sus elementos constitutivos y que se configura como una comunidad firme, de actitud uniforme y ostentosa de una «manera de ser». Presenta un fuerte componente ético, y su energía se orienta a mejorar y completar los valores en que se asienta su unidad.

La de «integración» responde, en cambio, a la noción de estructura en cierta medida artificial, regida por criterios de justicia conmutativa, surgida de la asociación igualitaria de los elementos constitutivos y conformada como una sociedad convencional, variable y concebida como una «forma de estar». Tiene una fuerte componente jurídico-administrativa y orienta su energía a la búsqueda de valores coyunturales.

Pero «unidad» e «integración» son, en definitiva, efectos finales sobre la estructura social, en que se concentra la acción de las fuerzas que actúan sobre la sociedad. De su mayor o menor valor, en el marco de los factores esenciales, depende, en buena medida, la promoción del sentimiento de solidaridad, tanto en el marco de las minorías, como en el de las «Naciones-Estado» y las regiones continentales o supranacionales.

Compromisos políticos. Nacionalismos y tendencias supranacionales

Las actitudes sociales y políticas, tanto a escala nacional como a internacional, evolucionan de manera evidente hacia la moderación. El tradicional radicalismo de las sociedades nacionales puesto de manifiesto a partir del siglo XIX, se ha expresado constantemente por medio de una lucha sistemática en busca de la hegemonía continental, por la expansión imperialista, por el antagonismo insuperable frente a las minorías y por otras actividades similares. Este radicalismo se encuentra ya francamente superado o en vías de superación. La nación moderna se muestra mucho más sensible a los problemas sociales de las demás, y, por ello, más propicia al ejercicio de la solidaridad.

Esta moderación de posiciones permite afrontar racionalmente las tensiones existentes, y buscar soluciones más armónicas entre la dimensión nacional del Estado, las demandas de las minorías y las de un nuevo orden internacional. La conciliación de actitudes que exige imperiosamente el nuevo orden político, ha de ser fruto muy directo de la solidaridad, y apunta hacia nuevos compromisos políticos entre las naciones, de los que cabe esperar una mejora sustancial de la convivencia universal.

Ese incremento de la solidaridad ha suavizado también las tensiones estructurales de la sociedad en general, haciendo mucho menos radical la confrontación social en términos de «unidad-integración» y dando lugar a la aparición de nuevas fórmulas de coexistencia.

Como consecuencia, el «nacionalismo» se presenta cada día como una peculiaridad más aceptable. La conciencia de «unidad» del Estado nacional

parece ir asimilando de mejor grado la realidad de las minorías más o menos justificadas y actuales en su seno, y se abre a nuevas fórmulas de convivencia. La noción de «unidad» parece tender a una mayor flexibilidad sin ruptura del vínculo unitario. Por otra parte, el sentido «integrador» de la sociedad apunta también hacia soluciones políticas, que engloben a las «Naciones-Estados» y a las «minorías peculiares». La noción «integradora» tiende a ampliarse y a concebir nuevas fórmulas de unidad, tanto a escala nacional como internacional.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, el Estado nacional resultó clara e indiscutiblemente hegemónico frente a cualquier otro tipo de organización política. Por encima de la evolución y progreso alcanzados por el hombre, de la creciente interdependencia entre los Estados, de la aparición de los nuevos riesgos o de la exigencia de fórmulas colectivas de seguridad, las realidades nacionales han prevalecido con carácter irreductible hasta la finalización del conflicto. Hasta entonces, el Estado nacional —producto de la Historia— se sentía fuerte, completo, satisfecho, pleno y dispuesto a aceptar, con dificultades y superficialmente, el hecho asociacionista entre Estados. La actitud ante las minorías separatistas era mucho más radical.

En este orden de ideas, la soberanía, la seguridad y la integridad de la «Nación-Estado» se configuraron como compromisos políticos fundamentales —o fines nacionales esenciales— del Estado. Estos fines, aunque legítimos y aparentemente completos, llevaban aparejada la exclusión de la búsqueda del «bien común». La sociedad se satisfacía plenamente en la «unidad» del Estado nacional, y no en la «integración» internacional y mucho menos en la ruptura o división de la «unidad».

Esta actitud del Estado nacional constituyó el compromiso político fundamental, que, con carácter general, adoptaban los gobiernos. La rápida evolución de acontecimientos, que siguió a la Segunda Guerra Mundial, condujo a nuevas soluciones que se afrontaron básicamente hacia el «bien común». En el campo internacional parecía llegada la hora de afrontar abiertamente nuevos compromisos supranacionales. Por primera vez en la Historia, se aceptó el reto de buscar el «bien común universal», lo que condujo a adquirir una nueva conciencia social: el nuevo orden internacional.

En principio, este concepto de «bien común universal» sólo consiguió atraer parcialmente la atención del Estado nacional, y exclusivamente como miembro de una asociación cuyo único vínculo era el interés comercial. En realidad, con la asociación internacional se trataba de mejorar el «bien común» nacional, mediante el perfeccionamiento del sistema de transacciones

comerciales. La relación entre Estados se regía por la simple fórmula aritmética del interés de lo recibido.

El concepto revolucionó con rapidez, en el sentido de que de la misma manera, que el «bien común nacional» exigía que las relaciones entre los individuos y entre los diversos grupos dentro del Estado se gobernasen por criterios de justicia, equidad y solidaridad, era necesario que el «bien común universal» se rigiera también por idénticos criterios de relación. Sólo así podrían concebirse unas relaciones internacionales realmente fructíferas y deseables, es decir, el nuevo orden internacional.

Pero conviene puntualizar que el orden internacional no es —ni puede ser— un club privado de naciones desarrolladas. El «bien común» de las naciones débiles interesa mucho, y conviene claramente también a los países desarrollados porque la injusticia, la desigualdad y el desequilibrio son los verdaderos gérmenes corrosivos del orden internacional. La convivencia fructífera y deseable entre las naciones pasa por erradicar del mundo gérmenes tan sumamente peligrosos. El «bien común universal» adquiere entonces la condición de compromiso político internacional fundamental.

La ayuda internacional

Un componente muy importante —probablemente fundamental— de ese nuevo orden internacional basado en el «bien común universal» lo constituye la ayuda internacional. Ayuda que, para ser eficaz, ha de realizarse a escala general, de forma despolitizada y planificada a plazos suficientemente largos. No basta la fijación de un objetivo atractivo, coherente con las tendencias modernas y bien definido, sino que se hace imprescindible despegar y desarrollar todo un sistema que haga eficaz esa ayuda, que procure el «bien común».

Un aspecto importante de ese sistema es la sensibilidad y delicadeza con que los apoyos han de ser realizados. Es imprescindible que toda ayuda o apoyo se lleve a cabo con el debido tacto, con un sentido profundamente humano, con abandono de toda posición de arrogancia o superioridad, y con criterios exclusivos de promoción social. Exige una discreción, prudencia y entrega tales que excluye cualquier interés de rentabilidad más o menos altruista. Si no se efectúa así, desde el respeto y el reconocimiento de los valores espirituales de los pueblos subdesarrollados, fundamentándolo en la más auténtica solidaridad, la eficacia resulta inviable.

Por regla general, las naciones desarrolladas suelen encontrarse muy confortables en su *status* económico y conformes con su nivel de riqueza,



mostrándose reacias a prestar este tipo de ayudas por cuanto pudiera suponer de pérdida de nivel, y de adquisición de compromisos gravosos y difíciles de mantener. Por su parte las naciones «pobres» acostumbran a mostrarse orgullosas de su propia inferioridad, y se muestran extraordinariamente sensibles a la forma en que son atendidas sus necesidades.

Hay que reconocer que la ayuda internacional es una difícil tarea, que han de acometer con eficacia las naciones desarrolladas. Se enfrentan con el reto de compartir sus riquezas con los países menos favorecidos para hacer posible una mejoría general en el reparto de las riquezas disponibles y, por lo tanto, en las condiciones de vida a escala universal. Se trata de distribuir la riqueza con mayor equidad, inteligencia y eficacia, y, además, sin provocar tensiones ni reacciones adversas. Esta tarea sólo es concebible también desde un ejercicio altruista y desinteresado de la solidaridad humana.

Las situaciones de tensiones existentes entre la práctica totalidad de las naciones occidentales, y los pueblos del Tercer Mundo, están provocadas por el odio o la envidia de los pueblos de color hacia las potencias coloniales, y provienen, en buena medida, de un ancestral, endémico y mantenido desequilibrio económico. Ese desequilibrio incide, cada vez con mayor fuerza, en la realidad de los pueblos, creando situaciones de injusticia y de dramática inferioridad. La frustración creciente y la reivindicación permanente despiertan sentimientos antagónicos y envenenan la conciencia nacional de los pueblos «pobres», predisponiéndolos en contra de cualquier nuevo orden surgido del mundo «desarrollado».

En la construcción del nuevo orden internacional, la práctica más convincente y eficaz de la solidaridad humana es, por tanto, la ayuda internacional. Este argumento debe bastar para mover a todas las naciones del Mundo hacia compromisos políticos dirigidos a ese fin internacional. Las naciones desarrolladas, aportando los frutos de su superioridad en todos los órdenes; las naciones subdesarrolladas, aceptando sin reservas ni prejuicios la ayuda que se les tiende, aportando su esfuerzo y cediendo en sus intransigencias. En buena ley, no existe otro camino.

Es preciso superar la llamada confrontación Norte-Sur, la rebelión del mundo meridional contra el septentrional, o el enfrentamiento de países ricos y pobres. La realidad de ese nuevo orden internacional, que va mostrándose más real e imprescindible cada día, es un hecho incuestionable que empieza a dejar sin sentido y trasnochado el patrón de los antiguos enfrentamientos.

Es evidente que las dificultades son muchas y que buena parte de ellas provienen del propio Tercer Mundo, de su retraso cultural, de sus atrasadas costumbres, de sus no superadas limitaciones, pero el reto se muestra como una necesidad imparable y hay que afrontarlo tal como viene. Es preciso un esfuerzo serio de todos, para encontrar el equilibrio entre la meta propuesta, el nuevo orden internacional, y las dificultades coyunturales para su consecución.

Dialéctica de los poderes nacionales e internacionales

Como ya se ha apuntado, hoy como hace siglos, la humanidad se dirige imparable hacia la unidad en virtud de argumentos que impulsan a la unificación del Mundo. Estos argumentos se pueden sintetizar en los tres siguientes: la voluntad de poderío del hombre moderno que parece desconocer límites, la existencia de fuerzas destructoras de incalculable potencia capaces de sostener cualquier imposición por la fuerza, y la creciente solidaridad humana.

Esta unidad del mundo hacia la que nos encaminamos, se puede alcanzar por una de las dos vías siguientes. La instauración de un poder universal, o de una adecuada organización internacional. En el primer caso, la unidad será producto de la imposición y de la conquista que lleva a un imperio impuesto por ese poder universal. En el segundo, será consecuencia de una integración racional y distributiva, en la que cada Estado componente habrá de ceder parte de su soberanía.

Ambas vías entran en colisión con el sentido de poder nacional de cada Estado, bien por lo que supone de imposición por la fuerza, bien por la cesión de poder que lleva aparejada. Se plantea entonces una dialéctica permanente entre el poder nacional y el que rige el orden internacional, sea cual sea la vía de la unificación universal que se considere.

En los tiempos actuales existe una tendencia muy acusada, y al parecer irreversible, hacia la unificación por la vía de la organización internacional, estando totalmente desechada cualquier consideración de poder universal único. Esta tendencia se manifiesta ya en todo un importante conjunto de estructuras internacionales de diverso carácter (comercial, económico, político, jurídico, militar o de seguridad, etc.). No parece exagerado afirmar que el orden internacional vigente presente evidentes signos de integración. Cada día se van creando nuevos vínculos y compromisos entre las naciones, cada vez más sólidos y ambiciosos, que deben conducir de forma irreversible a una mayor unidad internacional. Por este camino se va

haciendo día a día más robusto, amplio y estable el nuevo orden internacional del que hablamos.

Pero la sociedad internacional actual está formada todavía por un conjunto de sociedades políticas soberanas, que mantienen entre sí simples relaciones de interdependencia, muy complejas e indispensables, pero escuetas. En el marco de esa interdependencia, la sociedad internacional impone a sus miembros —individuos y Estados— así como a los demás Estado del Mundo obligaciones, deberes y limitaciones en relación con el interés general. Este interés colectivo genera tensiones e impulsa a un cierto ejercicio de la presión y de la coacción por parte de los asociados, en orden a propiciar el progreso y la prosperidad de la sociedad internacional. Aparece así una actitud de fuerza que conforma un auténtico «poder internacional».

La confrontación de ambos poderes —nacional e internacional— no es más que una consecuencia lógica y natural del proceso de evolución política y social del mundo, de forma que permanentemente estamos asintiendo a la dialéctica entre ellos. En esa dialéctica de poderes, el futuro, a largo plazo, parece inclinarse del lado del poder internacional.

Realidad internacional

El orden internacional al que nos venimos refiriendo es una meta hacia la que se dirige el mundo moderno, pero no es, ni mucho menos, la realidad internacional de nuestros días. La realidad vigente no presenta como única singularidad su complejidad o la tupida red de intereses entre las naciones asociadas, sino que también posee la de no ser verdaderamente una organización efectiva, sino una simple estructura social de relaciones.

Esta estructura social adolece de defectos, que resultan verdaderamente desesperanzadores.

En primer lugar, su muy deficiente entramado socio-económico. Esto provoca una especie de crisis permanente, que se ve alimentada por la fuerte presión demográfica, y las lógicas y urgentes aspiraciones de los países subdesarrollados. Esta deficiencia revela con elocuencia las dificultades que encuentra el actual sistema económico occidental para resolver la demanda del sistema internacional vigente y, en consecuencia, su incapacidad para satisfacer las del nuevo orden internacional.

En segundo lugar, hay que señalar la complejidad y divergencia de actitudes y posiciones en el panorama político internacional.

Los nacionalismos se encuentran en un auge exacerbado, las comunidades ideológicas se multiplican, y proliferan los «pannacionalismos», mientras que el Estado nacional se muestra irremediabilmente superado.

En último lugar, cabe subrayar las nuevas posibilidades de los mecanismos militares. Por un lado, la presencia de sistemas de armas enormemente destructoras que dan lugar a equilibrios artificiales y que provocan decisiones de compromiso presididas por el terror. Por otro lado, el ejercicio cada vez más frecuente de la guerra irregular o revolucionaria, aumenta de manera considerable la sensación de inseguridad en el mundo entero por generalización del chantaje terrorista. Finalmente la aceptación de la disuasión como fórmula política de alivio de la tensión, cuando en realidad es un ejercicio estratégico de la superioridad militar que obliga a aceptar el equilibrio por temor a represalias.

Pero la realidad actual también ofrece algunas perspectivas esperanzadoras. Primeramente, la potenciación de las organizaciones internacionales como elementos de acuerdo y discusión. Mención especial merece el reforzamiento creciente del papel de la ONU. En esta organización se dan, cada día, mejores condiciones para regular satisfactoriamente el orden internacional. A pesar de las interesadas interpretaciones contradictorias que los Estados miembros hacen con frecuencia de sus normas, acuerdos y procedimientos, la estructura de la organización se ha venido mostrando bastante más eficaz de lo que a primera vista parece mantener la paz mundial. No sólo se generaliza el acuerdo entre sus miembros, sino que aumenta el interés de éstos por mantenerlo. Modernamente, con ocasión del conflicto del Golfo y ante el desmoronamiento de la Unión Soviética como potencia, el papel de la ONU se ha visto muy reforzado y más capaz que nunca de promover la paz y regir el orden internacional.

Después, la inaceptabilidad de las armas nucleares. La larga andadura del desarme nuclear se vio francamente acelerada a raíz del acuerdo para el desmantelamiento de los misiles de alcance intermedio en Europa. Más modernamente, con ocasión de la transición política operada en la Unión Soviética y de la desmembración del Pacto de Varsovia, el riesgo nuclear se ha visto muy disminuido. El mundo internacional se muestra cada vez más reacio al ejercicio disuasor de las armas nucleares, que empiezan a mostrarse no sólo peligrosas, sino también innecesarias. El desarme nuclear universal y total está todavía lejos, pero la tendencia hacia él es indiscutible.

La sociedad moderna actual, especialmente en los Estados avanzados o en vías de desarrollo, tiene realmente una conciencia clara del «bien común universal» como elemento que propicia, expresa, y promueve la unidad internacional, y la igualdad entre los hombres y los Estados. Pero también es

consciente de que el bien común no es un fin monolítico que se alcanza de un solo golpe, sino que está formado por un conjunto de aspectos y circunstancias que van mejorando gradualmente las condiciones de la convivencia humana. Existe una conciencia clara del valor del «bien común» para la familia, las sociedades económicas y profesionales, para las ciudades, y para el Estado, pues de la misma forma tiene que llegar a existir una conciencia clara del «bien común internacional».

Para finalizar, es preciso hacer algunas consideraciones acerca de un importantísimo concepto para todos los pueblos y naciones: la patria. Este concepto se da en todas las comunidades nacionales, y parece que no va —ni tiene por qué— a desaparecer. Responde a una realidad sentimental esencial, que se transmite de generación en generación, y que sintetiza muy bien los valores comunes de los miembros de la sociedad nacional. Es el argumento fundamental de la cohesión social en el orden político y, por tanto, móvil esencial de la solidaridad de sus miembros. Proteger este concepto es proporcionar seguridad a la estructura social que lo sostiene, y por lo tanto, fortalecer y robustecer su «bien común» que, como venimos sosteniendo, es elemento clave del nuevo orden internacional.

En definitiva, se puede afirmar que, con carácter general, la sociedad moderna considera que el Estado nacional ya ha cumplido su misión. La «Nación-Estado» parece haber realizado su tarea e incluso, muchos de los países que todavía están alcanzando ahora esta categoría política reconocen esta decadencia. Esto implica la evidencia de una marcha ya iniciada e imparable hacia la renovación de las estructuras internacionales, en orden a conseguir su asentamiento más sólido, estable y deseable. Desde una perspectiva europea y desde otra mundialista se aprecia que la paz y la estabilidad universales son muy difíciles de alcanzar, pero su realización parece pasar por la superación del «Estado-Nación».

Por otro lado, el reconocimiento de las minorías no tiene que provocar necesariamente un aumento de la tensión separadora o disgregadora. No parece que puedan existir especiales dificultades para que una integración del estilo de la «Europa de las Patrias», pueda llegar a disponer de una diplomacia común, un ejército unificado o una moneda única.

Por último, hay que señalar que el patriotismo es un valor esencial que continúa en vigor, si bien es necesario contemplarlo desde perspectivas más amplias y abiertas. El reconocimiento de las minorías no debe anular ese valor del patriotismo, sino que debe lograrse enraizarlas en él, con una vinculación nueva, más satisfactoria para todos y más eficaz para el conjunto.

CAPÍTULO TERCERO

FUTURO DE LA CONCIENCIA NACIONAL

FUTURO DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Por FERNANDO JUSTE FERNÁNDEZ
y JOAQUÍN PRATS DEL CAMPO

Introducción

En el presente trabajo se ha intentado definir y enmarcar el concepto de «conciencia nacional de defensa», así como los factores que la configuran, y los riesgos que la debilitan dentro de la sociedad actual, todo ello para tratar de obtener una perspectiva actualizada de este sentimiento de defensa en el marco de la sociedad española, como sociedad del mundo occidental.

Los resultados de este análisis, como vemos, no son realmente halagüeños, y, hasta ahora, se puede calificar como negativa la evolución que ha seguido en los últimos años, con una caída que puede considerarse más acentuada aún que en los países de nuestro entorno europeo.

Asimismo se ha intentado estudiar y analizar los sentimientos de la población española en relación con la Defensa nacional, no es ahora cuestión de volver sobre el mismo tema, pero, sin duda alguna, dichos sentimientos están influenciados por otros en cierto modo análogos, procedentes de lugares externos a nuestras fronteras. Existe en el Mundo una tendencia fuertemente pacifista, que se desarrolla en direcciones erróneas. La paz es un bien ansiado, sin duda alguna, pero la paz no se logra renunciando a la defensa; el eslogan (ya fuera de lugar) de «antes rojos que muertos», no es una frase de amantes de la paz, sino de cobardes o «pasotas». A este movimiento erróneo de los amantes de la paz, hay que

añadir los fuertes sentimientos antimilitares existentes, como errónea es la concepción del antimilitarismo.

El sentimiento antimilitar y pacifista de la sociedad actual española

Aunque en la seguridad de que repetimos conceptos ya expuestos en capítulos anteriores, no queremos dejar de señalar algunos que, por su importancia, nos interesa resaltar de nuevo.

El conocimiento de este sentimiento antimilitarista y pacifista se deriva del resultado de diversas encuestas, y de las noticias y comentarios de los medios de comunicación social, la primera pregunta que cabe hacerse es: ¿hasta qué punto son reales y verdaderos, tanto unos como otros? ¿Los porcentajes de objeción de conciencia son realmente significativos? ¿De estos objetores, cuántos tienen verdadera objeción de conciencia, y cuántos buscan por este camino librarse de una obligación que les resulta molesta por un defecto educacional? Otra pregunta que es fácil de contestar es: ¿es significativo el porcentaje de insumisos, desertores o prófugos?

En cuanto a las noticias y comentarios de los medios de comunicación, hemos de resaltar los producidos con ocasión de nuestra participación en la guerra del Golfo, así como los comentarios realizados por familiares e incluso los mismos marineros ¿No es cierto que se palpaba un rechazo total a la participación? La pregunta que cabe hacerse es: ¿era eso así, o la noticia se manipulaba evitando la referencia a aquellos, que lo aceptaban o incluso a veces hacían un alarde de patriotismo? Habrá quien diga: ¿y para qué se iba a hacer esto, qué interés puede existir en una cosa así?

La respuesta es fácil, intereses de mercado; es la noticia vendible, es el hombre que muerde al perro, es la moda del pacifismo a ultranza. Hay que dar por supuesto que no hay madre, esposa o novia que no lllore al ver a su ser más querido partir hacia un lugar en el que se cree, con fundamento, que hay grandes riesgos, pero esto es una cosa, y otra, el rechazo total y cerril a un sentimiento honrado de patriotismo y cumplimiento de un deber.

En un artículo titulado «Sobre la patria» firmado por Salustiano del Campo, y publicado el día 1 de abril del año en curso se dice:

«... la idea de patria se incluye entre los valores más entrañables, al ser uno de esos contados por los cuales los hombres han sacrificado y sacrifican sus vidas en actos llenos de sentido. Por eso, también, resulta más difícil de entender cada día en algunas sociedades, o al menos en algunos sectores dentro de ellas. El desafío principal no consiste en que se extienda el rechazo a la patria, sino en que se

confundan cosas que son distintas. Por ejemplo, actualmente los españoles piensan que en una sociedad avanzada el servicio militar tendría que ser profesional y voluntario, y, sin embargo, siguen colocando a la patria entre los grandes valores de su existencia, sin que en ello haya contradicción, puesto que el valor patria no es un valor para la guerra... Lo que sí requiere la postura mencionada, es la disposición a hacer el esfuerzo económico que exige de la colectividad un servicio militar obligatorio, al igual que un ejército profesional, y también el reconocimiento de que la Defensa nacional es irrenunciable y, por desgracia, sigue siendo necesaria...»

Los españoles hemos pues de estar concienciados de la necesidad absoluta de la Defensa nacional, y de lo que esto lleva consigo, es decir, defensa del territorio nacional y de los intereses españoles allí donde se encuentren, intereses que, como ya se ha dicho, pueden ser políticos o económicos, o bien ambos, ya que la economía y la política están muy estrechamente unidas y son completamente inseparables.

La frase acuñada por Ortega «yo soy yo y mis circunstancias, y si no la salvo a ella no me salvo yo» se ha convertido en una realidad, como dice Julián Marías que añade: «la circunstancia, aquello que me rodea, forma parte de mi realidad, y mi vida entera consiste en yo tengo que hacer algo con eso que está en torno mío, que condiciona, limita y a la vez me proporciona los recursos para hacerlo. Si mi entorno fuese otro, yo no sería quien soy, sino alguien distinto».

Este entorno, esta circunstancia, es hoy para los españoles distinta a otras épocas. Hoy existe una unión cada vez más estrecha con los países de Europa. La solidaridad internacional es un valor en alza, los intereses de los pueblos están cada vez más unidos, y en vez de crear antagonismos crean solidaridad. Por otra parte existe una dependencia, de materias primas energéticas y estratégicas, de los países industrializados, entre los que se encuentra España y el resto de las naciones europeas, que nos obliga a mantener abiertos esos mercados. Así como las circunstancias incluyen un sistema de vida basado en la democracia y la libertad, y que éstas se desarrollen en un Estado de derecho.

Últimas tendencias

Como decimos, vivimos en un mundo íntimamente relacionado, existe un *boom* de las comunicaciones de todo tipo, que hacen llegar a cualquier rincón del globo cualquier acontecimiento mundial que merezca la conside-

ración de noticia, el auge de la imagen nos hace vivir los actos más remotos con verdadera intensidad: la guerra del Golfo, la caída del comunismo, el resurgimiento de las nacionalidades, la desintegración de los Estados... etc. han sido y son acaecimientos, que estamos viviendo como si ocurriesen en nuestra calle, estando produciéndose a miles de kilómetros de nuestras casas.

Esta situación que vivimos, gracias a la transmisión instantánea de la imagen, hace que se puedan extender dentro de nuestra sociedad sentimientos, en cierto modo, análogos, como si fuera un virus que pudiese contagiarnos, siempre que en nuestra mente exista un caldo apropiado para su cultivo, o bien que haya alguien o algunos que se dediquen a cultivarlo, bien por la existencia de mentes trasnochadas o de intenciones inconfesables.

Como consecuencia de todo esto, existe una parte minoritaria de la población, pero muy ruidosa, y por tanto productora de «noticias», que al conocer con el detalle que da la imagen, sin llegar al verdadero fondo de la cuestión, determinados hechos, de dentro y más aún de fuera de nuestras fronteras, sacan consecuencias erróneas que les llevan, a su vez, a formar opiniones igualmente erróneas. Por ejemplo, los desmanes de las Fuerzas de Seguridad o Policiales pueden dar origen a un sentimiento antipolicía, del mismo modo que los desmanes en algunos ejércitos pueden originar sentimientos antimilitares y los desmanes de algunos políticos pueden conducir a un sentimiento anticlase política. Sin embargo, la policía es absolutamente necesaria para obtener una seguridad ciudadana; los ejércitos son el brazo armado de la Defensa nacional; y la clase política es absolutamente necesaria para mantener un verdadero Estado democrático, como lo son los jueces para lograr y mantener el Estado de derecho.

Para entender todo esto, es necesaria una verdadera educación que forme al ciudadano en el conocimiento pleno de sus deberes y sus derechos, hasta donde llega la libertad y como debe respetar la libertad de su conciudadano, y en la obligación de hacer patria con su trabajo diario, y ser patriota con su esfuerzo económico y su plena participación en todo lo que abarca la defensa de la patria, lo que sin duda exige un esfuerzo antisecesionista; ya el papa Pablo VI, en el año 1967, en la encíclica *Populorum Progreso*, advirtió contra el nacionalismo que «aisla a los pueblos contra lo que es un verdadero bien».

De modo análogo en la encíclica *Gaudium et Spes* nos llama a la solidaridad cuando dice que «los hombres amplíen sus mentes más allá de las fronteras de su propia nación y renuncien al egoísmo nacional». Esto último, con otras

o parecidas palabras, ha sido repetido hasta la saciedad por eminentes personalidades políticas de nuestro tiempo, pero así como existe una fuerza centrípeta en unos determinados niveles de la sociedad, está desarrollándose con intensidad una fuerza centrífuga que tiende a la separación y a la secesión. La primera es una fuerza racional, la segunda, hemos de decirlo, completamente irracional y egoísta.

Tendencias futuras

Los sentimientos de la población española en relación con la Defensa nacional son forzosamente consecuencia de: el sentimiento patriótico de la población; la toma de conciencia de la existencia de amenazas contra los intereses nacionales, y el sentimiento íntimo de que estos intereses nacionales son de interés para todos; y, por último, de la necesidad de contar con una Defensa nacional que proporcione una adecuada seguridad nacional.

Como consecuencia de la guerra del Golfo, se desató una fuerte tendencia patriótica que hizo que en la prensa, tanto nacional como internacional, apareciesen una serie de artículos dedicados a exaltar el patriotismo (el ABC de esas fechas, publicó un cuadernillo con el título de «El patriotismo un valor en alza»). Esta tendencia se ha visto reforzada en los últimos meses con la caída de los regímenes comunistas, en donde la población de estos países ha arriesgado sus vidas en pro de la libertad, cambiando sin dudar el eslogan de «antes muerto que rojo». Estas actuaciones se han visto reforzadas con motivo del fracasado golpe, que se produjo el pasado mes de agosto en la Unión Soviética.

Estas tendencias espontáneas han de verse reforzadas por la acción de los poderes públicos sobre la sociedad, principalmente actuando sobre los planes educativos de la Enseñanza Primaria y Secundaria, para formar verdaderos ciudadanos que sepan lo que es España, y su papel en el Mundo, con perfecto conocimiento de las leyes, sobre todo de la Constitución española, de sus derechos y deberes como ciudadanos de una nación democrática, de cuales son los intereses nacionales y, por último, que en sus corazones nazca una solidaridad nacional e internacional necesaria.

En la ya citada entrevista realizada al ministro de Asuntos Exteriores Francisco Fernández Ordoñez, con motivo de la guerra del Golfo, esta autoridad manifestaba:

«Hay valores muy importantes que interesa recuperar urgentemente, como es el valor de la solidaridad con los otros y con nosotros mismos; es decir, el concepto de patria, el saber que España no es una insignificancia en el Mundo, sino que tiene que cumplir su papel».

Si una personalidad de esta categoría, ministro del Gobierno, dice esto, reconoce:

- 1) Que los españoles han perdido, en gran medida, el concepto de patria y la virtud de ser solidarios.
- 2) Que éstos son valores en que es necesario recuperar.

Es, por lo tanto, preciso confiar en que se llevarán a cabo acciones para recuperar estos valores y, en consecuencia, podemos mirar hacia el futuro con optimismo, y pensar y desear que el sentimiento del pueblo español, en relación con la Defensa nacional, vaya aumentando en arraigo y que la conciencia ciudadana asimile todos los principios básicos que le den el verdadero sentido que ha de tener para ser considerada como conciencia nacional; dentro del ambiente que determine la situación internacional del momento, y teniendo en cuenta las exigencias que le impondrá la evolución de un mundo que cada vez tiende o debe tender, a ser más solidario.

CONCLUSIONES FINALES

CONCLUSIONES FINALES

Por ABEL BARAHONA GARRIDO

En la introducción de este *Cuaderno de Estrategia* se señalaba lo difícil y arriesgado que puede resultar el deducir del mismo unas conclusiones que sean válidas, a la vez que concretas.

Tener conciencia supone el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar; conocimiento que, además, ha de ser exacto y reflexivo; cuando se trate de una conciencia colectiva, ha de constituir un sistema que sea la suma de las creencias y sentimientos comunes de la sociedad que contemplemos.

A pesar de la conciencia nacional, de la que no existe ni puede existir un modelo concreto y determinado, no debemos confundirla y deformarla con lo que es una conciencia nacionalista; pues ya hemos expuesto, a lo largo del trabajo, los graves perjuicios que esta postura nos podría proporcionar.

Hemos dicho que no existe un modelo al que ajustarse de conciencia nacional; esto es así, porque cada pueblo tiene su propio sentimiento acerca de su particular experiencia histórica, así como su peculiar forma de ser y de ver su destino futuro. Además, la idea de conciencia nacional no puede, ni debe, ser estática, sino dinámica y, como es lógico, con una evolución que dependerá de la situación y circunstancias de cada momento. Hoy en día, la estructura del mundo condiciona, cada vez más, el destino de los pueblos y estos ven restringida su libertad de elección de un futuro deseado.

Si algo podemos deducir de todo lo expuesto en el trabajo, es que los acontecimientos se desarrollan ahora con tal celeridad, y de una forma tan imprevista, que la dinámica, a que hemos hecho mención, es muy difícil que pueda tener la capacidad de adaptación precisa para conseguir la continuidad que exige el tratar de construir un proyecto para el futuro. Lo que sí resulta una constante, cada vez más necesaria, es que cada pueblo tenga su propio sentimiento de identidad y sea capaz de generar la especial solidaridad que la situación del momento requiera.

Del presente de la conciencia nacional debemos destacar, por lo menos, su ambigüedad, e incluso señalar la duda, bastante fundada, de si verdaderamente existe esa conciencia nacional. ¿Cómo puede conocer el bien y el mal si un 59 por 100 de nosotros, según las estadísticas, no sabemos diferenciarlos? No hay una ética que permita definir posiciones; la escala de valores está tan trastocada, que no produce más que confusiónismo e indiferencia. Algo quizá, de lo que verdaderamente nos separa de algunos de nuestros socios europeos, es el no tener la claridad de conceptos precisa para dar a los principios básicos su verdadero alcance y significado, como faros que guíen nuestras actividades y conformen nuestra postura ante el desarrollo de los acontecimientos.

El tener conciencia de que existe una finalidad nacional es esencial y debe ser el fruto de una adecuada educación desde la infancia. Recientemente, el Papa ha señalado como una de las tareas fundamentales y decisivas, la educación de la juventud.

En el capítulo correspondiente se mencionan las amenazas que acechan a la comunidad, indicando que son muchas y variadas; pero lo peor es que, en la mayoría de los casos, esas amenazas son tan sibilinas que resulta difícil apreciarlas y, por consiguiente, nos hacen sentir incapaces para descubrirlas y hacerlas frente. El resultado de todo esto no puede estar más claro; la indiferencia, la apatía, el «pasar de todo»,... constituyen un sentimiento, por desgracia, excesivamente generalizado; con la agravante de que la interrelación existente entre la conciencia nacional y la defensa, da lugar a que todo lo dispuesto, al respecto, por la Constitución y las leyes que la desarrollan sean, cuando menos olvidado, y, en muchos casos, despreciado e incluso combatido.

Siguiendo con lo expuesto sobre el presente de la conciencia nacional, merecen especial atención algunos aspectos. La existencia, ya señalada, de una acusada inversión en la jerarquía de valores y una actitud, fruto del materialismo imperante, de exigencia de derechos, coincidente con una dejación de deberes.

La mencionada crisis de valores hace que sean precisamente los valores morales los que resultan más afectados, llegando a ser totalmente desprestigiados. Se afirma, y no sin razón, que los europeos occidentales, fundamentalmente, tienen reservas y hasta miedo a la cultura cristiana; esto se debe, en gran parte, a que dicha cultura compromete demasiado y nadie está dispuesto a imponerle limitaciones y, menos, sacrificios. Lo malo es que los jóvenes, si no tienen unos valores y motivos, que les sean válidos, para vivir, trabajar y morir, los buscan en muchas ocasiones, en unos nacionalismos extremistas o en nuevos autoritarismos; exaltando el valor de esos nacionalismos hasta convertirlos en algo absoluto. No es de extrañar que todas estas cosas y más ocurran, el materialismo dominante invita a vivir como si Dios no existiese.

Como se indica en el Cuaderno, la ética está pasando a ser subjetiva; con lo cual, cualquier norma de conducta que se dicte se toma en el sentido de querer coartar la libertad del individuo; sin tener en cuenta que esa libertad no debe dissociarse de la búsqueda de la verdad, ni de la solidaridad, ya que no son antitéticas, sino recíprocamente relacionadas.

El rearme moral es un deber a asumir por la propia sociedad, aceptando unas normas éticas que salvaguarden los conceptos fundamentales en los que debe pervivir cada ciudadano.

Si nos fijamos en lo que se expone sobre Defensa nacional y la sociedad actual, el panorama no puede ser más desconsolador, como consecuencia lógica de esa interrelación señalada entre conciencia nacional y defensa. Los datos manejados en el estudio y los cuadros que figuran en el mismo, son muy significativos.

En la introducción, ya se señala que el patriotismo y el nacionalismo son temas de mucha actualidad de ahí la extensión que su análisis adquiere en el capítulo correspondiente, y a lo largo de todo el Cuaderno.

Difícil es sacar consecuencias válidas de lo expuesto. Tanto el patriotismo, en todos sus aspectos positivos, como el peligroso nacionalismo, son hoy objetos de consideración en todos los ámbitos nacionales e internacionales, y base de comentarios realizados por personalidades del mayor relieve mundial; los acontecimientos del momento presente lo justifican plenamente.

Ante un patriotismo, de que quizá se ha abusado, hoy en declive y con tendencia a extinguirse, como consecuencia de un individualismo que antepone sus intereses a los sociales o colectivos, aparecen unos nacionalismos generalizados, con un sentido exclusivista, que busca más lo que separa que lo que une, a los que, como mínimo, podemos calificar,

como ya se ha dicho anteriormente, de peligrosos y hasta de nefastos, más que nada por la virulencia con que brotan. Su exaltación los hace nocivos, constituyendo uno de los problemas más delicados en el poscomunismo europeo y llegan, incluso, a obstaculizar una auténtica recomposición de las identidades nacionales.

Es importante señalar que hay algunos pensadores, como Michael Maffesoli —sociólogo francés—, que considera que no hay rebrotes nacionalistas, pues lo que realmente se está produciendo en estos momentos, es un regreso a la conciencia de etnia; afirma, asimismo, que la etnicidad forma parte de la posmodernidad y que, en alguna forma, volveremos a los grandes imperios compuestos de regiones. Al perder el hombre el sentido de la trascendencia y vincular ésta a lo más próximo, es empujado hacia la tribu o la secta.

Sobre la solidaridad nacional e internacional, la figura que hay que destacar es el paso del Estado nacional, hegemónico hasta la Segunda Guerra Mundial, pero incapaz de comprender el concepto de «el bien común universal», a lo que se denomina «nuevo orden internacional». Esta evolución lleva consigo una solidaridad humana más eficaz, que se materializa en la «ayuda internacional», de la que constantemente estamos viendo claros ejemplos.

El nuevo orden internacional aspira a que la humanidad camine imparablemente hacia la unificación del mundo. Ante esa interdependencia de la sociedad internacional y las exigencias que impone el interés general, aparece la necesidad de conformar un auténtico «poder internacional», del que ya hemos contemplado algunas de sus actividades.

Esta meta, hacia la que se dirige el mundo moderno, no es tan fácil de alcanzar. Las estructuras actuales poseen una inercia difícil de vencer, pero no dejan de existir realidades que permiten la aparición de perspectivas esperanzadoras. Los valores fundamentales no hay razón para que desaparezcan, si bien han de ser contemplados desde otro punto de vista más amplio y abierto a los nuevos horizontes.

Poco podemos opinar sobre el futuro de la conciencia nacional; a este futuro hay que aplicarle lo que acabamos de señalar para los valores fundamentales y, aunque el presente, como hemos visto, no es muy esperanzador, hemos de ser optimistas y confiar en que, con una adecuada formación, la conciencia ciudadana llegue a asimilar la necesidad de adaptarse a ese futuro, un tanto incierto, pero al que inexorablemente nos dirigimos.

COMPOSICIÓN DEL SEMINARIO

Presidente: D. JUAN DÍEZ NICOLÁS
Catedrático de Sociología.

Secretario 1.º: D. ALBERTO BENDITO MARTÍNEZ DE BUJO
Coronel de Infantería de Marina.
Ingeniero Industrial Técnico.

Secretario 2.º: D. ANTONIO CANALEJO SÁNCHEZ
Coronel de Aviación DEM y EMACON.

Grupo de Trabajo «H» Conciencia Nacional de la Defensa

Presidente: D. ABEL BARAHONA GARRIDO
General de Brigada DEM y Guerra Naval.

Vocales: D. JOAQUÍN BLANCO ANDE
Doctor en Derecho. Profesor de la Universidad Autónoma.

D. FRANCISCO BERRIO ÁLVAREZ SANTULLANO
Coronel de Artillería DEM.

D. JOSÉ MARÍA DELGADO COBOS
Licenciado en Derecho.

D. SANTIAGO GONZÁLEZ-ALLER BALSEYRO
Capitán de Navío DEM y EMACON.

- D. JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ PÁRAMO
*Doctor en Derecho. Doctor en Ciencias Políticas y Económicas.
Doctor en Filosofía. Licenciado en Ciencias de la Información.*
- D. CARLOS JIMÉNEZ MARTÍNEZ
Coronel de Infantería DEM y EMACON.
- D. FERNANDO JUSTE FERNÁNDEZ
Coronel de Aviación DEM.
- D. GERARDO LAGÜENS MARQUESÁN
Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas y Económicas.
- D. JOAQUÍN PRATS DEL CAMPO
Coronel de Infantería de Marina DEM (R).
- D. FELIPE QUERO RODILES
Coronel de Infantería DEM y EMACON.

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE, que patrocina su publicación.

CUADERNOS DE ESTRATEGIA DEL CESEDEN

N.º	TÍTULO
01	La industria alimentaria civil como administradora de las FAS y su capacidad para la defensa estratégica.
02	La ingeniería militar de España ante el reto de la investigación y el desarrollo en la defensa nacional.
03	La industria española de interés para la defensa ante la entrada en vigor del Acta Única.
04	Túnez: Su realidad y su influencia en el entorno internacional.
05	La Unión Europea Occidental.
06	Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental.
07	Los transportes en la raya de Portugal.
08	Estado actual y evaluación económica del triángulo España-Portugal-Marruecos.
09	<i>Perestroika</i> y nacionalismos periféricos en la Unión Soviética.
10	La batalla del año 2000 (las operaciones en el espacio estratégico de interés nacional).
11	La gestión de los programas de tecnologías avanzadas.
12	La batalla del año 2000 en el espacio (II).
13	Cobertura de la demanda tecnológica de las necesidades de la defensa nacional.
14	Ideas y tendencias en la economía internacional y en la española.
15	Identidad y solidaridad nacional.
16	Implicaciones económicas del Acta Única 1992.
17	Investigación de fenómenos belígenos. Método analítico factorial.
18	Las telecomunicaciones en Europa en la década de los 90.
19	La profesión militar desde la perspectiva social y ética.
20	El equilibrio de fuerzas en el espacio sur europeo y mediterráneo.

N.º**TÍTULO**

- 21 Efectos económicos de la unificación alemana y sus implicaciones estratégicas.
- 22 La política española de armamento frente a la nueva situación internacional.
- 23 Estrategia finisecular española. Méjico y Centroamérica.
- 24 La Ley Reguladora del Régimen del Militar Profesional.
- 25 Consecuencias de la reducción de los arsenales militares negociada en Viena.
- 26 Estrategia en el área iberoamericana del Atlántico sur.
- 27 El espacio económico europeo. Fin de la guerra fría.
- 28 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio.
- 29 Sugerencias a la Ley y Reglamento de Ordenación de las Telecomunicaciones (LOT).
- 30 La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI.
- 31 Estudio de inteligencia operacional.
- 32 Cambios y evolución de los hábitos alimenticios de la población española.
- 33 Repercusiones en la estrategia naval española de aceptarse las propuestas del este en la CSBM.
- 34 La energía y el medio ambiente.
- 35 Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en su política de defensa.
- 36 La evolución de la seguridad europea en la década de los 90.
- 37 Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España. 1980-1990.
- 38 Recensiones de diversos libros de autores españoles editados entre 1980-1990 relacionados con las FAS.
- 39 Las fronteras del mundo hispánico.
- 40 Los transportes y la barrera pirenaica.

N.º

TÍTULO

- 41 Estructura tecnológica e industrial de Defensa ante la evolución estratégica del fin del siglo XX.
- 42 Las expectativas de la I+D de Defensa en el nuevo marco estratégico.
- 43 Costes de un ejército profesional de reclutamiento voluntario. Estudio sobre el Ejército profesional del Reino Unido y (III).
- 44 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (II).
- 45 Desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental.
- 46 Seguimiento comparativo del presupuesto de gastos en la década 1982-1991 y su relación con el de Defensa.
- 47 Factores de riesgo en el área mediterránea.
- 48 Las Fuerzas Armadas en los procesos iberoamericanos de cambio democrático (1980-1990).
- 49 Factores de la estructura de seguridad europea.
- 50 Algunos aspectos del régimen jurídico-económico de las FAS.
- 51 Los transportes combinados.



9 788478 232086

Colección Cuadernos de Estrategia

